

Harvard College Library



FROM THE

BRIGHT LEGACY.

One half the income from this Legacy, which was received in 1880 under the will of

JONATHAN BROWN BRIGHT

of Waltham, Massachusetts, is to be expended for books for the College Library. The other half of the income is devoted to scholarships in Harvard University for the benefit of descendants of

HENRY BRIGHT, JR.,

who died at Watertown, Massachusetts, in 1686. In the absence of such descendants, other persons are eligible to the scholarships. The will requires that this announcement shall be made in every book added to the Library under its provisions.

SONETOS VARIOS

DE LA

MUSA MEXICANA.

COLECCION DEDICADA

AL INSIGNE POETA ESPAÑOL

D. JOSE ZORRILLA.

MÉXICO.

IMPRENTA DE VICENTE SEGURA,
Calle de Cadena núm. 10.

1855.

Bright fund.

José Sebastian [illegible], [illegible].

DEDICATORIA.



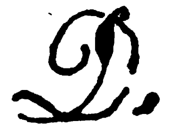
Musa que guirnaldas á Homero el grande tejiste,
Blanda cadencia tú, presta á mi cítara ruda,
Digna de Zorrilla, que el délfico lauro ciñendo
Mágnifico asoma cual sol que ilustra la tierra.
¡Tú, que las excelsas cumbres del Pindo decoras
Y en sacros raudales límpidas ondas apuras,
Cisne de blancas alas, el de los árabes hímnos,
Oye benévolo mis concentos áridos siempre,
Único don sencillo con que mi musa te brinda!
¿Quién tu carrera veloz midiendo puede seguirte,
Águila, que en tu vuelo inmensas órbitas salvas,
Y hórridas alturas desdeñas y hondos abismos,
Y ardientes rayos que arroja cárdena nube?
Ora te contemplo cual combatiente, que ráudo
Cruza la polvorosa plaza del circo sonoro,
Y ágil la linde intacta en rueda férvida vence,
Y á par del grito, que alegre en torno resuena

Palmas olímpicas exornan su fúlgido carro.
Tú, que los aplausos del Viejo-Mundo recojes,
Oye los aplausos que el Nuevo-Mundo te rinde;
Mis patrios lares tambien tu fama pregonan,
Vírgen América te estrecha en su cándido seno,
Y ósculo te imprime de paz en la ínclita frente.
Vé de Colon ilustre la tierra de oro soñada,
Montes eminentes que eterna nieve coronan,
Cráteres horrendos lanzando vívida lumbre
Y entre humo y truenos mares de líquida lava.
Altos ahuehuetes en sacros bosques ocultos,
Do Nezahualcoyol, de estirpe noble, poeta,
Cánticos sublimes dijo, cual Píndaro nunca.
Mira los antiguos templos de mármol, y mira
Pirámides grandes que al cielo su cúspide llevan,
Alcázares fueron de ilustres príncipes, ora
Triste reliquia vil, despojos de otras edades,
Do estériles cardos crecen y bronca maleza,
Do ágiles serpientes con fieras bravas habitan.
¡Míseros humanos, las sombras ven de la muerte
Pálida, los tronos cercando y tristes aduares!
Mira la campiña cuán verde pompa reviste,
Árboles hojosos cuán dulce fruto te brindan;
Música de amores, aves de espléndida pluma;

Suavísimas auras te ofrecen blandos aromas,
Plácido murmurio las frescas rápidas aguas
Que ora se despeñan formando claros arroyos,
O bien torrentes que en ronco estrépito corren.
Tú, que las inmortales egregias sombras evocas,
Católicos reyes, terror del bélico moro,
Génios augustos por quienes México sabe
Que es Dios el Hombre, que allá en el Gólgota muere,
Víctima sin mancha, por quien el tártaro tiembla.
Prorumpa en resonantes acentos tu épica trompa,
Del norte al austro volando siempre robustos.
Canta las hazañas de insignes claros abuelos,
Que intrépidos vencen pueblos de indómita raza.
Tú, que las excelsas cumbres del Pindo decoras
Y en sacros raudales límpidas ondas apuras,
Cisne de blancas alas, el de los árabes himnos,
Cual don humilde fragantes flores acepta,
Flores apacibles que al sol del trópico nacen:
Tú sien con ellas mi agreste musa corona;
Guárdalas en prenda de amistad íntima pura.,
Y aromas gratos lleven al bético suelo.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

Mineral de Pachuca, Febrero 15 de 1855.



SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

PIRAMO Y TISBE.

De un funesto moral la negra sombra,
De horrores mil y confusiones llena,
En cuyo hueco tronco aun hoy resuena
El eco, que doliente á Tisbe nombra;

Cubrió la verde matizada alfombra,
En que Píramo amante abrió la vena
Del corazon, y Tisbe de su pena
Dió la señal, que aun hoy al mundo asombra.

Mas viendo del amor tanto despecho
La muerte, entonces, de ellos lastimada,
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho:

Mas ¡ay de la infeliz, y desdichada,
Que á su Píramo dar no puede el pecho,
Ni aun por los duros filos de una espada!

PORCIA.

¿Qué pasion, Porcia, qué dolor tan ciego
Te obliga á ser de tí fiera homicida?
¿O en qué te ofende tu inocente vida,
Que así le das batalla á sangre y fuego?

Si la fortuna airada al justo ruego
De tu esposo se muestra endurecida,
Bástale el mal de ver su accion perdida,
No acabes con tu vida su sosiego.

Deja las brasas, Porcia, que mortales
Impaciente tu amor elegir quiere;
No al fuego de tu amor el fuego iguales;

Porque si bien de tu pasion se infiere,
Mal morirá á las brasas materiales,
Quien á las llamas del amor no muere.

JULIA.

La heróica esposa de Pompeyo altiva,
Al ver su vestidura en sangre roja,
Con generosa cólera se enoja
De sospecharlo muerto, y estar viva:

Rinde la vida, en que el sosiego estriba
De esposo y padre, y con mortal congoja
La concebida sucesion arroja,
Y de la paz con ella á Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenia
En las entrañas Julia, no abortara,
La muerte de Pompeyo escusaria:

¡Oh tirana fortuna, quién pensara,
Que con el mismo amor que la temia,
Con ese mismo amor se la causara!

LUCRECIA.

Intenta de Tarquino el artificio
A tu pecho, Lucrecia, dar batalla,
Ya amante llora, ya modesto calla,
Ya ofrece toda el alma en sacrificio;

Y cuando piensa ya que mas propicio
Tu pecho á tanto imperio se avasalla,
El premio, como Sísifo, que halla,
Es empezar de nuevo el ejercicio.

Arde furioso, y la amorosa tema
Crece en la resistencia de tu honra,
Con tanta privacion, mas obstinada.

¡Oh providencia de deidad suprema!
Tu honestidad motiva tu deshonra,
Y tu deshonra te eterniza honrada.

AL MISMO ASUNTO.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho,
Salió la sangre, que estinguió, á despecho
Del rey injusto, la lasciva llama!

¡Oh con cuánta razon el mundo aclama
Tu virtud! pues por premio de tal hecho,
Aun es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama!

Pero, si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo, y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento,

Con que pusiste fin á tantos males;
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir, que te ayudaste de puñales.

A D. CÁRLOS

DE SIGÜENZA Y GÓNGORA,

POETA E HISTORIADOR DE MEXICO SU PATRIA.

Dulce, canoro cisne mexicano,
Cuya voz, si el Estigio lago oyera
Segunda vez á Eurídice te diera,
Y segunda el Delfin te fuera humano:

A quien si el Teseo muro, si el Tebano
El sér en dulces cláusulas debiera,
Ni á aquel el griego incendio consumiera,
Ni á éste postrara alejandrina mano.

No al sacro Númen con mi voz ofendo,
Ni al que pulsa divino plectro de oro
Con ruda avena concordar pretendo;

Pues por no profanar tanto decoro,
Mi entendimiento admira lo que entiendo,
Y mi fé reverencia lo que ignoro.

A SU RETRATO.

Este que ves, engaño colorido,
Que del arte ostentando los primores,
Con falsas apariencias de colores
Es canteloso engaño del sentido:

Este, en quien la lisonja ha pretendido
Escusar de los años los horrores,
Y venciendo del tiempo los rigores,
Triunfar de la vejez y del olvido:

Es un vano artificio del cuidado,
Es una flor al viento delicada,
Es un resguardo inútil para el hado:

Es una nécia diligencia errada,
Es un afan caduco, y bien mirado
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

EN LA MUERTE

DE LA

MARQUESA DE MANCERA.

Mueran contigo, Laura, pues moriste,
Los afectos que en vano te desean,
Los ojos, á quien privas de que vean
La hermosa luz, que un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta, en que influiste
Ecos, que lamentables te vocean,
Y aquestos rasgos mal formados sean
Vivo recuerdo de memoria triste.

Muévase á compasion la misma Muerte,
Que precisa no pudo perdonarte,
Y lamente el Amor su amarga suerte;

Pues si antes, ambicioso de gozarte,
Deseó tener ojos para verte,
Ya le sirvieran solo de llorarte.

FRAY MANUEL NAVARRETE.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeralda bella, erguida,
Que parece del campo soberana.

N[illegible]rda, aunque la miras tan ufana,
En v[illegible] por los vientos sacudida,
Y advertirás entonces convertida
En muerta palidez su ardiente grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Como si eterna fuese tu esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza.

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

LA SEPARACION DE CLORILA.

Luego que de la noche el negro velo
Por la espaciosa selva se ha estendido,
Parece que de luto se han vestido
Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo
Cada cual se retira al dulce nido:
¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!
¡Todo suscita un triste desconsuelo!

Solo del buho se oye el ronco acento,
De la lechuza el eco quebrantado,
Y el medroso ladrar del can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,
Como mi corazon, en el momento
Que se aparta Clorila de mi lado.

ANASTASIO OCHOA.

A SILVIA.

Al pintar de sus ninfas los primores
Suelen fingir mil cosas los amantes,
Tomando ora del sol luces brillantes,
Ora robando el ambar á las flores.

Ya usurpan de la nieve los albores,
Ya el brillo de las perlas y diamantes,
Coronando á sus bellas los semblantes
De la purpúrea rosa los colores.

Solo yo hacer no puedo una pintura
De tu rostro, que valga alguna cosa
Cuando pintar intento tu hermosura;

Pues eres, Silvia, en tanto grado hermosa,
Que á copiarte no alcanza nieve pura,
Perlas, diamantes, sol, ambar y rosa.

PODER DEL AMOR.

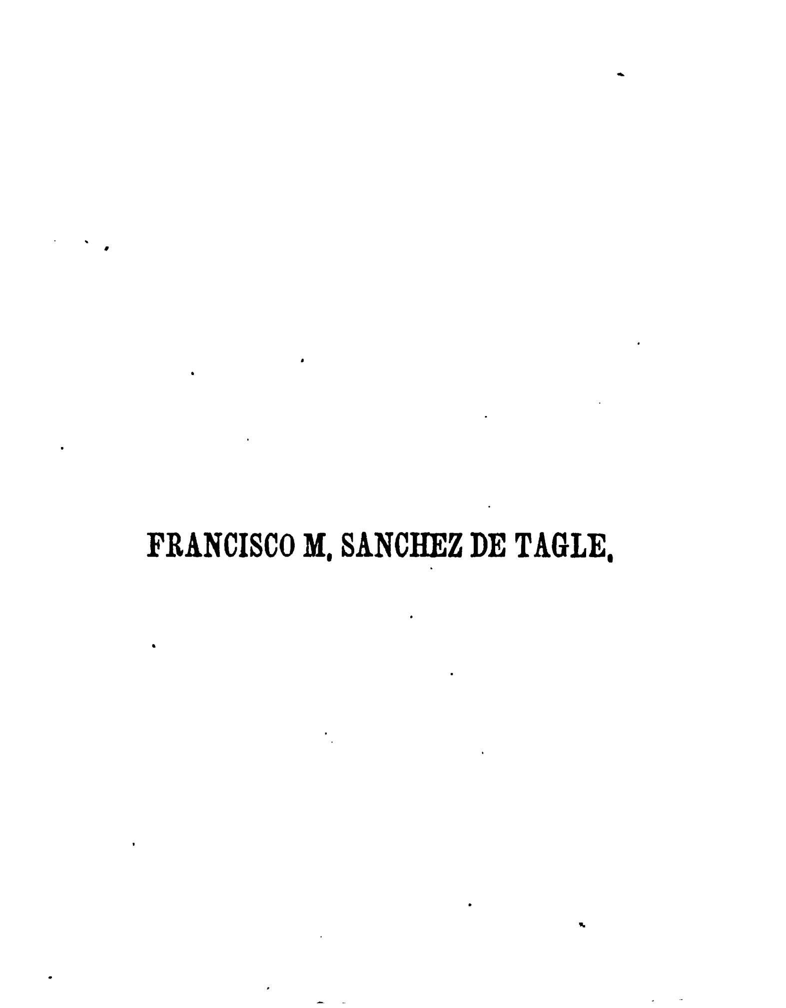
(TRADUCCION DEL SONETO 88 DEL PETRARCA)

Persiguiéndome Amor en sitio usado,
Pareme á guisa de hombre que en la guerra,
Se previene y el paso en torno cierra,
De antiguos pensamientos bien armado.

Volvime y ví una sombra que á mi lado
Formaba el sol, y reconozco en tierra
A la qué, si mi juicio ya no yerra,
Era mas digna de inmortal estado.

Y dije al corazon ¿qué espanto tienes?
Mas, antes que el espanto hubo sentido,
Los rayos del Amor sintió presentes.

Cual relampago á un tiempo y estallido
Son, así yo á sus ojos relucientes,
Y á su dulce mirar, quedé rendido.



FRANCISCO M. SANCHEZ DE TAGLE.

EPITAFIO AL AMOR.

Yace en este mi pecho reducido
Un infinito á espacio limitado:
Siempre durado habria, mas ha acabado
Y en brevísimo tiempo fenecido.

Su misma cuna su sepulcro ha sido,
Pues apenas de vida habia gozado,
Cuando se miró de ella despojado
Y á terminar su curso compelido.

Ojos curiosos el vivir le dieron,
Familiar trato y ocio lo educaron,
Falaces esperanzas lo nutrieron,

Desdenes de una ingrata lo enfermaron,
Fingimientos curarlo pretendieron,
Mas cuerdos desengaños lo mataron.

A UN NIÑO,

QUE MURIÓ AL TIEMPO DE NACER.

Llega el tiempo de ver la luz del dia
Y pisar de la vida los umbrales,
El fruto, que las ansias conyugales
Cojer esperan, y en sazon venia.

Cariñosa la madre no sentia
Por el próximo bien, presentes males,
Que riesgos y dolor y afan mortales,
Dulce esperanza leves los hacia.

La hora sonó.... mas ay!.... dañino intento!
Parca al niño recibe en yerto lazo:
Su vida estingue ponzoñoso aliento:

Cadáver solo estrecha el tierno brazo:
Sér tan dudoso, que al primer momento
Le es cuna y tumba el maternal regazo.

ARREPENTIMIENTO.

Contricion poética

¡Oh lira, que hasta aquí locos amores
En tus vibrantes cuerdas suspiraste,
Y dócil á mis voces me ayudaste
A comprar por un goce mil dolores!

Ya que hiciste armoniosos mis errores
Y á mis locuras seduccion prestaste,
Herida de otro plectro, dá, en contraste,
Con acuerdo mejor, tonos mejores.

Llora de los pasados años mios
Prolongada maldad, crímenes tantos,
Y tan multiplicados desvarios:

De amarga contricion rije los cantos
En que le pida, con acentos pios,
Misericordia al santo de los santos.

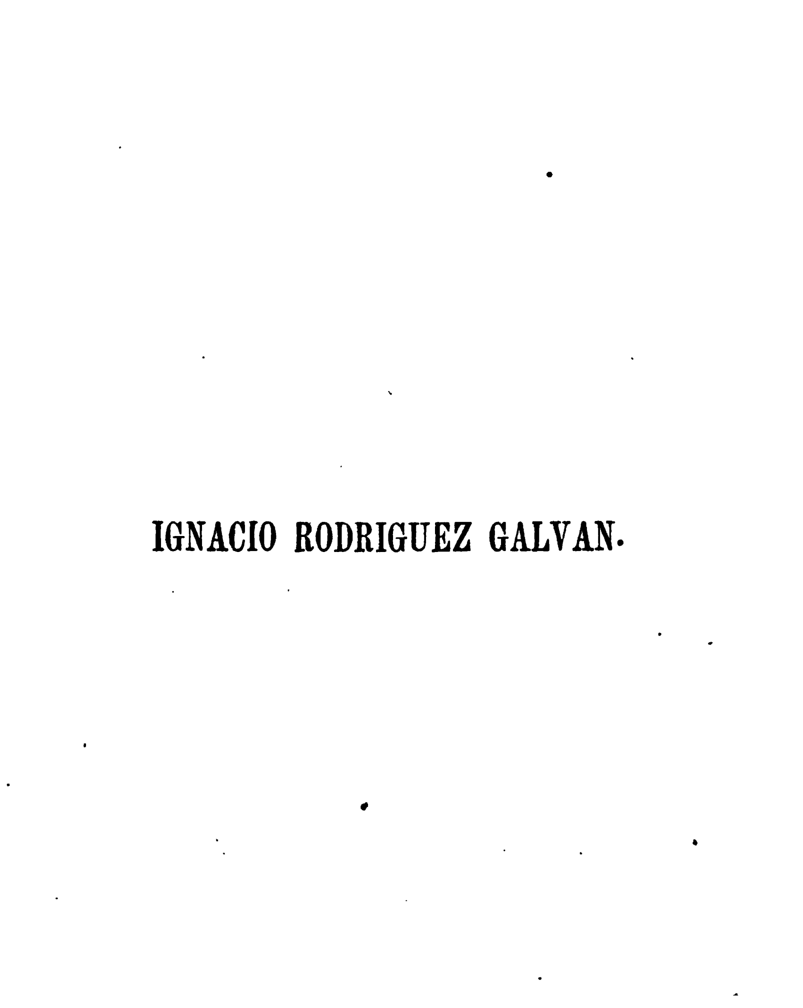
A JESUS CRUCIFICADO.

¡Dulcísimo Jesus! que en el madero
De una Cruz afrentosa estás clavado,
Del Padre, por mis culpas irritado,
Aplacando el enojo justiciero;

Víctima de expiacion, Santo Cordero
Entre Dios y los hombres colocado,
Para lavar con sangre mi pecado,
Sufriendo de la muerte el golpe fiero:

Por solo tu querer te has impedido,
No puedes ya cerrar los amorosos
Brazos, al pecador arrepentido;

A ellos nos arrojamos fervorosos,
Ellos nos salvarán del mal temido,
En ellos moriremos venturosos.



IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

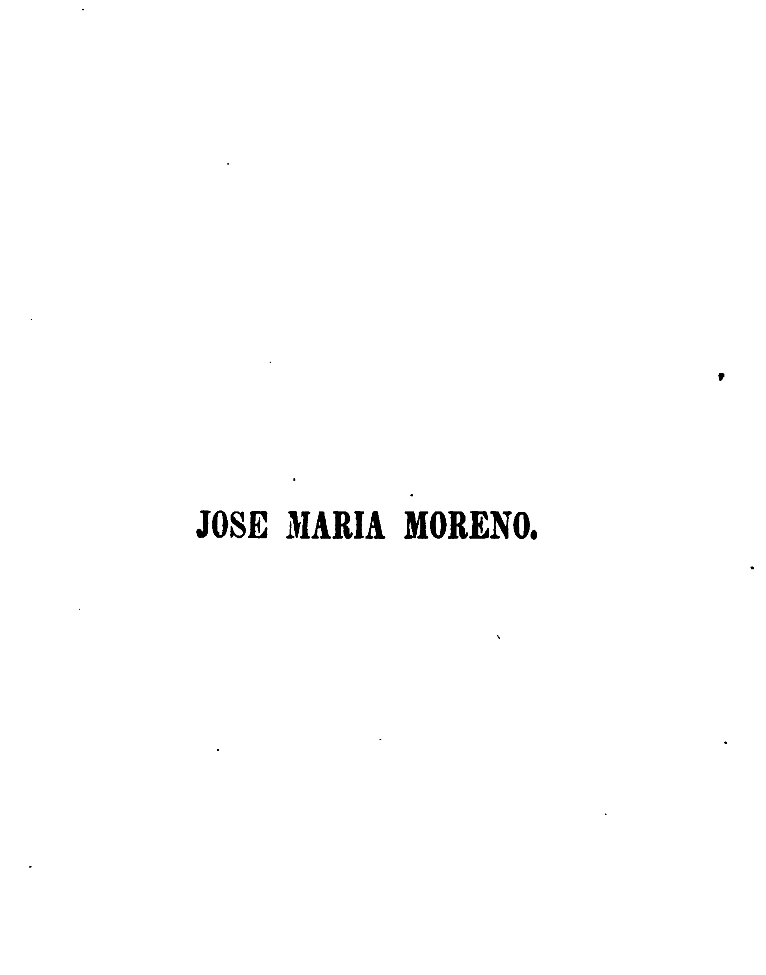
MI ENSUEÑO.

Rendido al sueño y al fatal delirio,
A una sombra siguiendo que me llama,
Descubro un lecho á la rojiza flama
Que espirante mantiene opaco cirio.

Marchito de su faz el blanco lirio,
Miro tendida en la funesta cama
A la muger, que el corazon me inflama,
Y crece y me sofoca mi martirio.

De rodillas me postro ante su lecho:
Abre sus tibios ojos y me mira:
Y balbuciente, y trémulo la estrecho:

Siento correr sus lágrimas, suspira,
Mi mano oprime, llévala á su pecho,
Pretende hablar alzandose y espira.



JOSE MARIA MORENO.

EL PERRO

CUSTODIO DEL REBAÑO.

Mi Gazul suelta, temerario Arbelo,
Pues ves cuan necesaria me es su ayuda,
Suéltalo ¡oh fiero! que tu mano cruda
Me sumerge en un mar de desconsuelo.

Mis ovejas, del lobo sin recelo,
En la vega pastaban la menuda
Yerva; mas hora ¡ay! su garra aguda
Inquietas temen con mortal desvelo.

Si señas quieres, su color leonado,
Y sus ojos despiden lumbre ardiente,
Y es de fuerza y colmillo penetrante.

Mas suéltalo y veras, que alborozado
Menea la cola y ahulla blandamente,
Y á lamerme los pies viene al instante.

MANUEL CARPIO.

DESPEDIDA DE HECTOR.

Allá de Troya en el inmenso foro
Hector ostenta su luciente cota,
Lanza y morrion y cándida garzota,
Y altos coturnos recamados de oro.

Se le acerca su esposa y blando lloro
Amargamente de sus ojos brota,
Y bajo el velo que en el aire flota
Lo lleva el hijo, de los dos tesoro.

Quiere cogerlo en brazos el Troyano,
Y el niño desconócele y se espanta,
Grita y se esconde en el materno seno.

Hector entonces con robusta mano
Se quita el cásco, al niño se adelanta,
Lo besa y parte de congoja lleno.

MUERTE DE HECTOR.

Con Hector fiero en singular batalla,
Aquiles junto á Troya, al fin pelea,
Su alto penacho formidable ondea,
Brilla su lanza y su crugiente malla.

Se mira desde el campo y la muralla,
Como el hierro de entrambos centellea,
Como la sangre férvida chorrea,
Como Hector muere y todo el mundo calla.

Los fuertes piés taládrale el guerrero,
Por la herida le pasa unos cordeles,
Le ata á su carro, y súbese ligero.

Con el látigo azota á sus corceles,
Da tres vueltas al muro el altanero,
Salta del carro, y parte á sus bajeles.

FEDRA.

Postrada de mortal melancolía
La hermosa Fedra, y harta de amargura,
Mirando despreciada su ternura,
A su amable nodriza le decia:

"Salgámonos al campo, amiga mia,
"Correr quisiera por la selva oscura,
"Y quisiera llorar en su espesura,
"Y allí ocultar mi llanto y agonía.

"Quítame esta guirnalda impertinente,
"Que me pesan sus flores y sus hojas,
"Y quítame este velo de la frente.

"Tal vez de mi delirio te sonrojas;
"Mas soy tan infeliz como inocente:
"Ten madre compasion de mis congojas."

LA REINA DIDO.

En el silencio de la noche umbría
En un templo secreto, á solas Dido,
Quemaba incienso á su infeliz marido,
Muerto á traicion en un aciago dia.

La reina en el altar agua vertia
Que en sangre se trocó, y oyó un gemido,
Y oyó una voz, que en tono dolorido
Terrible la llamaba y le decia:

"Sígueme, esposa infiel, conmigo vente
"A una tierra lejana y muy oscura:
"Muy lejana del ruido de la gente."

Entonces Dido llena de pavura,
Sin sentido cayó sobre su frente,
Y en sangre se empapó su vestidura.

LA MUERTE DE DIDO.

Al ver Dido al Troyano, que inconstante
Se ausenta, y la abandona á su desdoro,
Gime bañada con ardiente lloro,
Y cambia de color y de semblante.

Por el palacio vaga delirante,
Al contemplar ajado su decoro,
Y rasga el velo recamado de oro,
El velo azul regalo de su amante.

Se pinta en sus miradas el despecho,
Y asaltada de lóbregas ideas,
Grita dos veces y retumba el techo.

Manda encender las funerales teas,
Y mortalmente se traspasa el pecho,
¡Ay! con la espada de su ingrato Eneas.

LUCRECIA.

Herido el pecho, y la color perdida
Yace Lucrecia con la faz calmada,
Suelto el cabello, y toda ensangrentada,
Tibio su cuerpo, pero ya sin vida.

En tanto, Bruto, el alma conmovida,
Echando á la infeliz una mirada,
Del blanco pecho le arrancó la espada
Y brotó nueva sangre de la herida.

"Por esta sangre juro, ¡oh Colatino!"
Dijo, blandiendo el hierro con la mano,
"Juro que he de vengarte de Tarquino:

"Perseguiré la estirpe del profano,
"Y jamas en el pueblo de Quirino
"Permitiré que reine otro tirano."

ALEJANDRO.

Víctima de una fiebre devorante,
Alejandro una vez triste yacia
En una cama lúgubre y sombría,
Con mortal inquietud en el semblante.

"Teme, le escribe Parmenion amante,
"Del médico Filipo la falsía,
"Con el oro compró su felonía
"En su terror el persa vigilante."

Entra Filipo en tanto, y con terneza
Apenas acercarse al rey se atreve;
Le dá una copa, y baja la cabeza:

El héroe Macedon no se conmueve,
Dá al médico la carta, y con firmeza
Coje la copa, y el remedio bebe.

MARIO.

De su barbárie en merecido pago
Anda en la Africa Mario fugitivo,
Y amargas horas pasa pensativo,
Sentado en los escombros de Cartago.

Triste medita en el inmenso estrago
De la ciudad y de su pueblo altivo,
Parécele escuchar el fuego vivo
En remolinos por el aire vago.

"Un tiempo, esclama, hollaron tus corceles,
"¡Oh Cartago! el soberbio Capitolio,
"Y yo alcancé victorias ciento y ciento;

"Mas el tiempo secó nuestros laureles,
"Y tú bajaste al polvo desde el sólio,
"Y yo soy hoja que se lleva el viento."

MUERTE DE CESAR.

Señor del mundo, el dictador romano
Al senado preside omnipotente.
Corona de laurel ciñe su frente,
Toga triunfal adorna al soberano.

Los conjurados con puñal en mano
Pérfidos le acometen de repente,
Le dan mil puñaladas, y él valiente
Con esfuerzo combate sobrehumano.

Mas viendo á Bruto en tan indigna trama,
Y que se acerca con mortal fiereza,
Y que la sangre paternal derrama,

En lágrimas bañado de terneza,
"Hijo ¡qué! ¿tú tambien?" César esclama
Y cubre con la toga su cabeza.

VISION DE BRUTO.

Era la media noche, y noche oscura,
Y de Bruto el ejército dormia,
Mas este jóven en su tienda umbría
Velaba con la espada á la cintura.

Un leve ruido oyó, y una figura,
Una fantasma que al andar crugía,
Se le acerca en silencio, lenta y fria,
Arrastrando su blanca vestidura.

"Díme ¿quién eres tú?" gritó el guerrero,
"¿Eres hombre, ó el alma del tirano?
"Al matador de un rey nada le pasma."—

—"En los campos Filípicos te espero."—
"Allá estaré," le contestó el romano,
Y en humo se deshizo la fantasma.

MUERTE DE ANTONIO.

Creyendo muerta á su Cleopatra hermosa
El pecho Antonio hiérese inhumano,
Mas vuelto de su error, grita el romano:
"Conducidme á la torre de mi esposa."

La reina inconsolable no reposa,
Mira el cuerpo sangriento ya cercano,
Sogas descuelga con su tierna mano
Para alzar una carga tan preciosa.

La princesa infeliz llena de duelo
Con ambas manos de las cuerdas tira,
Sudando el rostro que dirige al cielo.

Coge á su esposo en fin, llora y delira,
Rasga impaciente su purpúreo velo,
Le herida venda, y Marco Antonio espira.

MUERTE DE CLEOPATRA.

Enlutada Cleopatra encantadora,
Con negligencia suelto su cabello,
Y sin adorno el delicado cuello,
Va á la tumba de Antonio á quien adora.

Postrada la infeliz desde la aurora
Une á la triste losa el rostro bello,
Ya suspira y se agita su resuello,
Ya esparce flores y en silencio llora.

Al fin resuelta, y sin que al César tema,
Va al palacio, se adorna, y llorar quiere,
Y no puede llorar en la hora estrema.

Se aplica al brazo un áspid que la hiere,
En las sienes se fija la diadema,
Y sube al lecho, y sollozando muere.

DON RODRIGO.

Del Guadalete en la infeliz ribera
Ostentaban los moros arrogantes
Lanzas, espadas, lunas y turbantes,
Sin estacada, foso, ni trinchera.

Rodrigo en tanto, alzada la visera,
Y con arnés y casco centellantes,
Al frente de caballos y de infantes
Se avanza al enemigo que lo espera.

Combaten obstinados los guerreros,
Y vuelan en pedazos los broqueles,
Y las picas tambien y los aceros.

En sangre tintos árabes y fieles,
Muere el monarca y lloran los Iberos
Su libertad perdida, y sus laureles.

LA MUERTE

DE LA RAQUEL ESPAÑOLA.

Raquel, dama del rey, bella judía,
Yace dormida en púrpura de Oriente,
Guirnalda de jazmin orna su frente,
Y el tierno cuello rica pedrería.

El tranquilo semblante le cubria
Un espléndido velo trasparente,
Y al respirar su pecho, blandamente
La seda de su túnica crujía.

Así indefensa, acércanse entre tanto
Los conjurados á la blanca hebrea,
Que al despertar un grito dá de espanto.

Hiérenle el corazon, ella flaquea,
Y con los ojos húmedos de llanto,
Muere en su sangre que en la alfombra humea.

ANDRÓMACA DESTERRADA.

Andrómaca, portento de hermosura
Sin su Hector, y sin su hijo, y sin hogares
Llora sentada, orillas de los mares
Y ve al rumbo de Troya con ternura.

Entonces la inocente en su amargura
Da al viento melancólicos cantares,
Y huye á ocultarse allá entre los palmares
Donde vuelve á llorar su desventura.

Y sus miradas otra vez derrama
Hácia su patria, y llénase de duelo,
Al recordar que la arrasó la llama.

Alza los ojos lánguidos al cielo,
Y ¡ay de mi Troya! la princesa esclama,
Y la cara se cubre con su velo.

JUDIT.

Se presenta Judit bañada en lloro
Ante Holofernes, pero en Dios confia,
Collar y mitra lleva la Judía,
Y velo blanco para mas decoro,

Y anillos que costaron un tesoro,
Sandalias con brillante pedrería,
Túnica de Sidon de gran valia,
Y en su orla cuelgan campanillas de oro.

Al mirarla el Asirio se enamora,
Da un banquete de asiática grandeza
Y embriágase en honor de la que adora,

Dormido ya, Judit con entereza
Coge la espada y antes de la aurora
De dos golpes le corta la cabeza.

JERUSALEM.

Jerusalem vencida fué abrasada
Por mano de soldados estrangeros,
Cayeron en el polvo sus guerreros
Pasados con la punta de la espada.

A Babilonia el vencedor traslada,
En medio de sus bárbaros arqueros,
Millares de ultrajados prisioneros,
Que se vuelven mirada por mirada.

Las cautivas estampan entre tanto
El blanco pié desnudo en las arenas,
Y van volviendo el rostro al templo santo:

Y al ver el templo, el muro y las almenas
Entre humareda y llamas, nuevo llanto
Sus ojos humedece y sus cadenas.

ATILA.

Delante de sus bárbaros Atila
Viene del Septentrion como un torrente
Y en frisones magníficos su gente
Entre hielos altísimos desfila.

"A una leve señal de mi pupila
Dice, todo lo abrasa fuego ardiente,
Y corre acá y allá sangre caliente,
Y el trono de los Césares vacila."

"Del mar Negro al Adriático mi acero
Con solo que de lejos amenace,
Hiela los brazos del mejor guerrero."

"La Europa entera ante mis plantas yace,
Y donde pisa mi caballo fiero
Tiembla la tierra, y ni la yerba nace."

TOMA DE CARTAGO

POR GENSERICO.

Genserico á Cartago combatia,
De sus terribles Vándalos al frente
¡Qué tropel de caballos y de gente!
¡Cuanto polvo, y matanza, y gritería!

El espantoso estrépito se oia
Junto con el teatral aplauso ardiente,
Que se daba á la cómica insolente
Entre fuertes palmadas de alegría.

Crugen las armas junto al ancho foso,
Ya escala el muro el bárbaro soldado,
No hay espadas, ni lanzas en reposo.

Y en tanto el gladiador ensangrentado
Muere, y le aplauden en el circo hermoso
Las doncellas vestidas de brocado.

CORTÉS ENFERMO.

Sonó la media noche la campana,
Y triste el rostro, y casi en agonía,
Cortés el grande, pálido yacia
En un lecho magnífico de grana.

En el delirio de su mente vana
Le presenta la ardiente fantasía,
Muertos, espadas, lanzas, todavía
Empapadas en sangre mexicana.

Oye á lo lejos que el cañon retumba,
Y ve cruzar las palmas que ha cogido
En Tlaxcala, en el Templo y en Otumba.

Mas viendo al grande Goatimoc rendido,
Y oyendo que su imperio se derrumba,
Se vuelve á la pared y da un gemido.

BONAPARTE.

Sentado Bonaparte en una altura
En la orilla del mar de Santa Elena,
Al triste rayo de la luna llena
Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
Las turbulencias del sangriento Sena,
El Tabor, las Pirámides y Jena,
Y de César–Augusta la bravura.

"Ved, esclamó, las palmas de Marengo,
"Los campos de Austerlitz de sangre rojos
"Donde las rusas águilas contengo.

"De la Europa me siento en los despojos;
"Mas de tanto triunfar ¿qué premio tengo?
"Las lágrimas que ruedan de mis ojos."

NAPOLEON.

Mirad al formidable Bonaparte
Que en la espaciosa Francia no cabiendo
Al Nilo y al Jordan vuela tremendo
Y á la Meca amenaza su estandarte.

A su patria despues cual rayo parte,
Pasa los rudos Alpes con estruendo,
Y en el Rhin, y el Danubio combatiendo,
No le detiene muro, ni baluarte.

En su presencia el Báltico se humilla,
Y entre los hielos su corcel galopa,
Y galopa en los campos de Castilla.

Mas sepultado ya bajo la copa
De un triste sauce en estrangera orilla
Permite una muger que vuelva á Europa.

ESPAÑA.

En un aciago y congojoso dia,
De Francia los soberbios veteranos
Inundaron los campos castellanos,
Como las olas de una mar sombría.

Los Iberos, gloriosos todavía
Con sus triunfos de moros y romanos,
La espada empuñan con robustas manos,
Matan y mueren como allá en Pavía.

Del Estrecho á los rudos Pirineos
Todo es sangre, todo humo y alarido,
Y retiemblan los tronos europeos.

Huye el Galo por fin y enfurecido
El bravo Soult, sin palmas ni trofeos,
Desde el alto Pirene dá un gemido.

PALMIRA.

En medio de arenales solitarios
Yace callada la infeliz Palmira,
Y grave y silencioso el sábio mira
Las ruinas de palacios y santuarios.

El humo de los lentos incensarios
Bajo los altos arcos ya no gira,
Y triste el viento lánguido suspira
En los grandes escombros funerarios.

Huellan las cábras á los rotos lares,
Y las tumbas de príncipes valientes,
Y los restos de pórticos y altares;

Y encima de los dioses impotentes
Los árabes asientan sus aduares,
Y no lo saben esas pobres gentes.

EL ARABE EN EL DESIERTO.

Marcha el Beduino en el desierto ardiente
Entre arenales y peñascos pardos,
Rendido ya del sol, con pasos tardos,
Secos los lábios y húmeda la frente.

Volviendo acá y allá la faz doliente,
Acá y allá ve huellas de leopardos,
Y á grandes trechos los punzantes cardos,
En vez de un terebinto ó de una fuente.

En vano busca en tales ansiedades
Un sendero, una nube, alguna calma
En medio de tan vastas soledades.

Inconsolable y abatida el alma,
No se acuerda del oro y las beldades,
Solo piensa en la sombra de una palma.

EL CÓLERA-MORBUS.

El ángel de la muerte, en negro dia,
Del Ganges turbio en la ribera impura,
El vuelo alzó, llevando en la cintura,
Terrible espada que al volar crugia.

Desenvainó el acero, y lo blandia,
Y desolaba la cabaña oscura, .
Llenaba á los monarcas de amargura,
Y el triste Oriente atónito gemia.

El Angel, agitado su semblante,
El Asia cruza, y vuela al Occidente,
Corre la Europa, y pásase adelante;

Asola el africano continente,
La América recorre centellante,
Y como rayo, vuélvese al Oriente.

A LA

CATARATA DEL NIAGARA.

El ancho rio avánzase rugiente
Entre selvas que cubren la llanura;
Vastas regiones llenas de frescura
Va regando su espléndida corriente.

Pero sus grandes aguas de repente
Se precipitan de una inmensa altura,
Y se quebrantan en la roca dura,
Y se trasforman en espuma hirviente.

Al estruendoso golpe, espesa nube
Allá se agita en el profundo seno,
Y vagarosa del abismo sube.

Tiembla y retiembla el bárbaro terreno,
Y ante Dios arrodíllase el querube,
Cuando oye cerca el incansable trueno.

LAS AGUAS.

Manso el arroyo corre trasparente
En medio de sus fértiles riberas,
Y en su agua las palomas placenteras
Se bañan con la tórtola inocente.

Entre riscos derrúmbase el torrente
Bajando de las altas cordilleras,
Y en su orilla, magníficas palmeras
Se mecen al bramar de la corriente.

Cuando los huracanes se alborotan,
Los mares verdinegros y bravíos
Las corvas playas con furor azotan:

Los abismos descúbrense sombríos
Y espumas blancas de los olas brotan.
¡Grande es el Dios del mar y de los rios!

EL TIBER.

Tiber sagrado, memorable rio,
Testigo fiel de la romana gloria,
Tu imágen contempló la ilustre historia
De altas virtudes y de heróico brio.

Mas Roma con su inmenso poderio,
Con tanta y tan magnífica victoria
Vió marchita su espléndida memoria
Cual flor del campo que secó el estio.

Dictadores y Césares tiranos,
Han teñido tus aguas y vergeles
Con la sangre de inermes ciudadanos.

Te enturbiaron del Norte los corceles,
Hollaron con desdén á tus romanos
Y pisaron sus ínclitos laureles.

LAS TROYANAS.

Fué tomada á traicion Troya inocente.
Murió el rey con la flor de sus troyanos,
Y con sangre mancháronse inhumanos
Los griegos de los piés hasta la frente.

Entre el lloro y los gritos de la gente
Al fin quemaron enemigas manos,
Muros y templos y los dioses vanos,
Las torres y el alcazar eminente.

Mas la reina y sus fieles compañeras,
Esclavas de señores arrogantes
Fueron á dar á tierras estrangeras.

Y orillas de los mares resonantes
Sentábanse á llorar las prisioneras
Vueltos á Ilion los pálidos semblantes:

EL SALTO DE ALVARADO.

En los horrores de la noche oscura
El gran Cortés de México salia:
Era la noche tempestuosa y fria,
Y aumentaban los vientos la pavura.

De un relámpago blanco á la luz pura.
Ven los Indios la ibera infantería:
Trábase entónces militar porfia
Entre ámbas huestes con igual bravura.

El valiente al valiente se abalanza,
Luchando muere el gefe y el soldado,
Crece el tumulto y crece la matanza.

En tal conflicto el ágil Alvarado
Clava en el foso la nudosa lanza,
Hace un empuje y salta al otro lado.

AL RIO DE COSAMALOAPAM.

Arrebatado y caudoloso rio
Que riegas de mi pueblo las praderas,
¡Quién pudiera llorar en tus riberas
De la redonda luna al rayo frio!

De noche en mi agitado desvario
Me parece estar viendo tus palmeras,
Tus naranjos en flor, y enredaderas,
Y tus lirios cubiertos de rocío.

¿Quién le diera tan solo una mirada
A la dulce y modesta casa mia,
Donde nací como ave en la enramada?

Pero tus olas ruedan en el dia
Sobre las ruinas ¡ay! de esa morada,
Donde feliz en mi niñez vivia.

BOABDIL.

Boabdil, monarca de la gente mora,
Sin honor y sin cetro y sin espada,
Sale de la magnífica Granada,
A los primeros rayos de la aurora.

Sobre monte lejano que el sol dora,
Detiene su caballo en la enramada,
Da á la hermosa ciudad una mirada,
Y al ver sus torres y la Alhambra, llora.

Viendo su madre el femenil quebranto,
Se le arde el rostro, el corazon se le arde,
Y al triste rey le dice de esta suerte:

"Bien puedes derramar copioso llanto
"Como debil muger, ya que cobarde
"No supiste como hombre defenderte."

UN SUEÑO.

Soñé en la calma de la noche oscura
Que navegaba con mi hermano amante,
En aquel rio inmenso y resonante
Que da á Cosamaloapan su hermosura.

"Mira el pueblo, me dijo con presura,
"En que naciste," y viéndolo delante,
Sentí descomponerse mi semblante,
Y palpitó mi pecho de ternura.

Siguió la barca, y una casa vimos,
Mi hermano entónces con acento blando
Me dijo: "esa es la casa en que nacimos...."

Al mirar un lugar tan venerando,
De las manos á un tiempo nos cogimos,
Dí un gran gemido, y desperté llorando.

MA

Despues de largo
La infeliz Siracusa
Y los vencidos entr
Perecieron al filo d

Una tras otra inn
En remolinos se ele
Y en escombros que
Torres y muro en la

Desde la ciudade
El grande general
Los ayes y alaridos

Y al ver muertos
Y el incendio crecer
Llora, y se cubre el

LA MUERTE DE MOISÉS.

Sube Moisés á la callada altura
Del monte Nebo á terminar su vida,
Y antes mirar la tierra prometida,
Mas sin poder bajar á su llanura.

Se pone á contemplar con amargura
La vega del Jordan, vega florida,
Y á Jericó frondosa que convida
Con sus fuentes, y rosas y verdura.

Mira de lejos los inmensos mares,
De Genesar el agua cristalina,
Y bosques de manzanos y olivares,

Y al sentir que su muerte se avecina,
Da la última mirada á los palmares,
Y al espirar, en su Angel se reclina.

P. CORNELIO SCIPION.

La soberbia Cartago en Trebia y Canas
Desbarata al ejército latino,
Y Anibal sobre el monte Palatino
Pone á sus pies las águilas romanas.

Mas Scipion á las huestes africanas
Derrota en Zama con valor divino,
Y la grandeza de Cartago vino
A convertirse en esperanzas vanas.

Roma al héroe despues odia, y acosa,
Y él, ajado y sin lauros en las sienes,
Al campo se destierra con su esposa.

Y manda al recordar tantos desdenes,
Que graben de su túmulo en la losa:
Ingrata patria, ni mis huesos tienes.

AQUILES.

CUADRO TOMADO DE HOMERO.

A la vista de Troya junto al foso
El corpulento Aquiles aparece
Sin lanza ni escudero, y enmudece
Todo el campo delante del coloso.

En la frente del héroe belicoso
Una dorada nube resplandece,
Y una llama tambien, que lo engrandece,
Y así camina al ancho contrafoso.

Mira los enemigos escuadrones,
Desprecia á tan terribles veteranos,
Tres veces grita, y mueve sus airones;

Tres veces de terror se alzan de manos
Y arrancan con los carros los bridones
Y tres se desordenan los Troyanos.

JOSE JOAQUIN PESADO.

PRIMEROS AFECTOS.

Pequeña, y con tu madre, y yo por guia,
Veniste al bosque de mi huerto ameno;
El aire, de fragancia estaba lleno,
El cielo claro y apacible el dia.

Por las floridas sendas discurria
Dirigiendo tus huellas. En mi seno
Amor vertió dulcísimo veneno:
Como te ví, te dí ¡ay! el alma mia.

Tú, en quien el cielo su beldad traslada,
En tierna edad encanto á mi memoria,
Y de mi lira inspiracion sagrada:

No esquives, por humilde, esta victoria
Sobre quien cifra en tu deidad amada
Todas sus dichas y laurel de gloria.

ELISA EN LA FUENTE.

Me acuerdo de otro tiempo, que salias
Una tarde de Mayo calurosa,
Por gozar en la vega, niña hermosa,
Del fresco ambiente y de las aguas frias.

Los dorados cabellos descogias,
Los ojos inclinabas ruborosa,
Y orillas de la fuente bulliciosa
Ocultos pensamientos divertias.

En su terso raudal el agua pura
Retrataba tus formas espresivas,
Llenas ¡ay! de beldad y compostura:

Pasaron sus corrientes fugitivas,
Y en mi senò ha dejado tu figura
Memorias dulces y esperanzas vivas.

EL DESVELO.

Al rayo de tu luz hermosa y pura
Desvelado tu amante pierde el sueño.
LOPE DE VEGA.

Resplandece á las puertas del Oriente
La estrella, que los cielos enamora,
Y de Sirio la llama abrasadora
Se oculta tras los montes de Occidente.

Yace en silencio la afanosa gente,
Callan las selvas y la mar sonora,
Solo el amante desvelado llora
Triste, esquivado, ó de su bien ausente.

Y yo á las puertas de mi hermoso dueño,
Entre recuerdos y temores paso
La dulce noche consagrada al sueño:

¿Moverála á piedad mi pena acaso?
¡Ah! no, que ciega á mi amoroso empeño,
Menosprecia la llama en que me abraso.

AMANTE DESDICHADO.

(IMITANDO EL ESTILO DEL PETRARCA.)

Gimo del mar en la abrasada orilla,
Do agitada del viento ruge la onda,
No hay blando halago que á mi voz responda,
Ni quien alivie el peso que me humilla.

Mi dolor á la gente maravilla,
De las iras de amor no hay quien me esconda,
Vive la angustia en mis entrañas honda,
Y hiel por llanto inunda mi mejilla.

Fortuna para mí su faz sañuda
Despiadada no altera, y en mi daño
El tiempo destructor no hace mudanza.

Presa indefensa soy de suerte cruda,
Y entre el temor vagando y el engaño,
Vivo al dolor y muero á la esperanza.

SITIOS DE AMOR.

(TRADUCCION DEL PETRARCA.)

Alegres flores y felices yerbas
Que mi amada al pasar acaso pisa;
Campo que oyes su voz, gozas su risa,
Y los vestigios de su pié conservas;

Estendida alameda, que preservas
De los rayos del sol la faz de Elisa;
Tronco gentil que en tu corteza lisa
A cifras de mi amor lugar reservas;

¡Oh sitio encantador, oh claro rio,
Que de su viva luz corres bañado
Y contemplas su rostro sin desvio!

¡Cuanta envidia me dais, cuanto cuidado!
No haya lugar en vos ni escollo frio,
¡Ay! que no sepa amar como yo he amado.

LA TIMIDEZ.

(TRADUCCION DEL PETRARCA.)

Un pensamiento hermoso me desliga
De todo pensamiento en este suelo:
A él solo me dirijo con anhelo,
Porque á él la suerte me arrebata y liga.

Veo pasar el bien, sin que consiga
Mi alma á su gloria levantar el vuelo;
Que es de mi corazon encanto y duelo
Esta de amor dulcísima enemiga.

Algunas veces de piedad un rayo
Miro en sus bellos, cuanto esquivos ojos,
Que blando templa á mi dolor el brio:

Vuelvo á hacer de mis fuerzas un ensayo,
Mas temiendo de nuevo sus enojos,
No sabe que decir el labio mio.

LAS ILUSIONES.

Cuando la noche lóbrega revela
Sus misterios recónditos al alma,
En su profunda y pavorosa calma
Mi corazon adolorido vela.

No merecer en tí, mi bien, recela
De los triunfos de amor hermosa palma,
Pero tu imágen aparece, y calma
La afanosa inquietud que me desvela.

Mi llanto enjugas, templas mis enojos,
Oigo la dulce voz con que me nombras,
Y tus caricias á mi queja opones:

Mas ¡ay! que burlas mis turbados ojos:
El nuevo sol al disipar las sombras,
Desvanece tambien mis ilusiones.

A UN RIO.

Tú, cuyas aguas bajan sonorosas
En crecido raudal de la montaña,
Y dilatas tu curso en la campaña
Coronado de selvas espaciosas,

Deja que en tus orillas venturosas
Mi pena esplaye. El llanto que me baña
Mezclado á tus corrientes, te acompaña
Hasta el salado mar donde reposas.

Por entre riscos y asperezas veo
Que llegas á tu término prescrito,
Despues de describir ancho rodeo:

Solo mi padecer es infinito,
Pues vagando sin tino mi deseo,
El bien no llego á ver que solicito.

LA AVE SOLA.

¡Qué tristemente en la ribera umbrosa,
Sobre las ramas del implume nido
La ave tierna, interrumpe con gemido
Las horas de la noche silenciosa!

Por fiero gavilan mira la esposa
Muertos los hijos y el esposo herido:
El monte le responde condolido
Y la vecina cueva sonorosa.

¿Dónde hallarás, oh desdichada, dónde
Alivio á tu gemir, ni quien destruya
La flecha de dolor que en tí se esconde?

No hay quien tu luz y gloria restituya:
Ineficaz mi amor solo responde
Con su pena amarguísima á la tuya.

AL SUEÑO.

(IMITACION DEL QUE ESCBIBIO EN ITALIANO
JUAN DE LA CASA.)

Hijo de la callada, húmida, umbrosa
Noche, remedio dulce de los males,
Alivio en su dolor á los mortales,
Descanso de la vida trabajosa;

Mira mi alma infeliz que no reposa,
Oprimida de penas desiguales:
Tiende ¡oh sueño! tus alas celestiales,
Vierte en mi corazon calma preciosa.

¿Dónde el silencio está, que huye del dia?
¿Do el enjambre de ensueños, que en el techo
Revuelan, dónde mora la alegria?

Te llamo, vaste, y dejas que mi pecho
Sufra de amor la saña y la porfia.
¡Oh vigilia sin fin! ¡Oh duro lecho!

NOCHE SERENA.

Detras de ese elevado monte oscuro
La luna oculta ya su hermosa cara,
El postrer rayo de su lumbre clara
Baña de Elisa el silencioso muro.

La esfera inmensa, sin nublado impuro,
Su excelsa gloria y magestad declara:
En lo alto brillan con pureza rara
La Vírgen celestial y el bello Arturo.

Por la tendida selva cruza el rio,
Cuyo murmurio plácido y sonante
En sus alas difunde el viento frio.

¡Cuantas delicias, ay, en este instante
Naturaleza ofrece al dueño mio!
¡Cuantas meditaciones á su amante!

DICHA SOÑADA.

Ausente de tu amor, miré, dormido
Tu figura gentil ¡raro portento!
Imágen que venera el pensamiento,
Bellísima ilusion del bien querido.

El laud, de tu blanca mano herido,
Acorde acompañó tu blando acento,
Dulce, como en la selva el manso viento,
Sonoro, como arroyo desprendido.

A tu presencia hermosa trasladado
Sintió de tus cantares la cadencia
El pecho, que te llora enamorado;

Y hoy, sin examinar la diferencia,
Gracias al sueño dá, que le ha dejado
Engaños lisongeros de tu ausencia.

Á UNA FUENTE.

Sonora, limpia, cristalina, undosa,
Naces de antiguo bosque ¡oh sacra fuente!
En tus orillas canta dulcemente
El ave enamorada y querellosa.

Ora en el lirio azul, ora en la rosa,
Que ciñen el raudal de tu corriente,
Se asientan y se mecen blandamente
La abeja y la galana mariposa.

Bien te conoce amor por sus señales,
Gloria de las pintadas praderías,
Hechizo de pastoras y zagales.

¿Mas, qué son para mí tus alegrías,
Que tus claros y tersos manantiales,
Si solo has de llevar lágrimas mias?

ENCUENTRO FELIZ.

Aprendió gentileza y cortesía,
No soberbio desden, no pompa vana.
LOPE DE VEGA.

En aqueste lugar, Elisa mia,
En una hora feliz te ví delante,
Mi vista te gozó por un instante
Mas llena de beldad, que el sol que ardia.

Con modesto despejo y cortesía
Risueña saludabas á tu amante:
¡Qué graciosa en tu talle, qué elegante!
¡Tu clara voz, cuan llena de armonía!

A tu amorosa gala y apostura
Quedaron mis afectos tan rendidos,
Que sin tí no hallo encanto ni hermosura.

Cautivaste del todo mis sentidos,
Y ni mis ojos ven otra figura,
Ni resuena otra voz en mis oidos.

LA INSCRIPCION.

Arboles, que adornais de este mi rio
Con vuestra verde pompa la ribera,
Y cuando el sol ardiente reverbera,
Dulce sombra ofreceis al dueño mio:

Vierta el cielo en vosotros su rocío,
Despiadada segur jamas os hiera,
No se aleje de vos la primavera,
Ni os toque el aquilon nevoso y frio.

Mientras en vuestras ramas estendidas,
Del céfiro á los soplos delicados
Brillan las verdes hojas sacudidas,

Permitid, que estos rasgos abreviados
(Señales de mi bien ya conocidas)
Deje en vuestras cortezas entallados.

IMPERIO DE LA HERMOSURA.

Cuando tu tierna planta entre las flores
Mueves, mi dulce bien, por la ribera,
Vida derrama el aura placentera,
Y la selva gratísimos olores.

Do quier vuelvas los ojos seductores
Aparece la hermosa primavera:
A tu presencia celestial, do quiera
Todo respira amor y manda amores.

No es mas bella la aurora en el Oriente
Cuando rompe á la noche el velo umbrío,
Que á mis ojos los rayos de tu frente.

Es hermoso tu amor, lo es tu desvío,
Te adoro si te veo, te adoro ausente,
Y esclavo soy feliz de tu albedrío.

RETIRO CAMPESTRE.

Cuando tú, compañera de las flores,
Vienes á embellecer mi pobre quinta,
Ella te ofrece en su estension sucinta,
Sitio de gustos, y lugar de amores.

Arboles, fuentes, bálsamos, olores,
Prodiga Mayo, que risueño pinta
Para tí el huerto con labor distinta
De variados matices y colores.

Aquí, del césped en la verde alfombra,
Donde corre el arroyo con sosiego,
Y tiende el bosque su apacible sombra;

Víctima de un amor inmenso y ciego,
Sobre aquesta ara, do mi voz te nombra,
Arde mi corazon en vivo fuego.

LA ROMERIA.

En la blanda estacion de primavera,
Por monte umbroso, en frecuentada via,
Mi amada, que en piedad es la primera,
Caminaba en sagrada romeria.

Adornaba la turba su carrera
De rosas, entre cantos de alegria:
Tierno niño, con mano lisongera,
La frente de azucenas la ceñia.

La anuncia el duro címbalo vibrante,
Y la recibe música sonora
En el atrio del templo resonante:

Postrada ante el altar, á Dios adora,
Y olvidada de sí, para su amante
Con inefable amor gracias implora.

HERMOSURA PERFECTA.

Genio hermóso de amor, que al abrasado
Astro de luz, al estrellado cielo,
Tiendes infatigable el raudo vuelo,
De su vivo esplendor enamorado;

¡Ay! suspende tu vuelo arrebatado,
Y fija tu morada en este suelo,
Donde hallarás, bajo el humano velo,
De la eterna belleza un fiel traslado.

En la beldad verás la inteligencia
Resplandecer con dotes superiores,
Y en tierna juventud dócil prudencia:

Y verás los hechizos seductores
Unidos al candor y á la inocencia,
Y la austera virtud á los amores.

LAS TRES AVES.

Elisa se ausentó: con faz llorosa
Pido á la soledad mi bien ausente —
"Pensativa la ví junto á una fuente"—
Prorumpe una avecilla vagarosa.

Hallo con otra, que en las ramas posa
De un lauro, entre las selvas eminente,
Y esclama.—"De tus versos, dulcemente,
Yo la aprendí á cantar letra amorosa."—

Y viene otra tercera que me dice:—
"A quien gloria tan alta le desvela,
Bien será que la enzalce y divinice."—

¿Y será que mi amada se conduela
Pregunté, del dolor de un infelice?"—
El ave calla y presurosa vuela.

EL CARIÑO ANTICIPADO.

(IMITACION DEL ZAPPI.)

Cuando era niño y en la huerta mia,
A las frágiles ramas no llegaba,
Por la divina Filis suspiraba,
Que no muger, mas diosa parecia.

Te amo, la dije temeroso un dia,
Díjolo el corazon que se abrasaba:
Vióme con risa, y luego me besaba,
Diciéndome; *Eres niño todavía.*

Pasó aquel tiempo venturoso, y ora
Viéndome ¡triste! en sus cadenas preso,
De mí se olvida, y de otro se enamora.

Mi pecho guarda su retrato impreso,
Ella se olvida de quien mas la adora,
Y yo me acuerdo de su dulce beso.

A LICORIS.

¿Qué nuevo amor, Licóris, te desvia
Por nieves y por montes pedregosos,
Olvidando los valles deliciosos,
Y la cabaña, y la floresta umbría?

Quieran los cielos, pastorcilla mia,
Tus inconstancias perdonar piadosos,
Cuando vuelvas los ojos lagrimosos
A estos lugares, do moraste un dia.

¿A tu amante abandonas fementida?
Despues acaso bajará á pedazos
El velo que te tiene seducida.

En vano entonces buscarás sus brazos;
Ni apreciará tu amor, arrepentida,
Ni anudará jamas tus rotos lazos.

ÚLTIMO RUEGO.

Sombra dad á mis miembros fatigados,
Que bien me la debeis, árboles tiernos,
Defendidos por mí de los inviernos
Y con llanto de amor siempre regados.

En la corteza conservais grabados
De mi dura pasion signos esternos,
Mientras que viven en mi seno, internos
Despechos vengadores y cuidados.

De mi vida infantil en la carrera,
De una mirada aquí nació en un dia
La série de mis males lastimera....

Cuando vagando por el aura fria
Llore en vano mi amor, luego que muera,
Acoged por piedad la sombra mia.

RECUERDOS INÚTILES.

Estos sitios un tiempo repetian
Las palabras de amores que escuchaban,
Y la imágen de Elisa presentaban
A mis ojos, do quier que se volvian.

De noche en dulces sueños que mentian,
De dia en pensamientos que volaban,
Presente, con favores que amparaban,
Ausente, con recuerdos que ofrecian.

Hora objetos de llanto y de dolores,
Imágenes del bien que poco dura,
Ofrecen á mis ojos veladores:

Quiérenlo así mi suerte y desventura,
Que donde comenzaron mis amores
Tengan tambien humilde sepultura.

ELISA LLOROSA.

(Imitacion del inglés.)

Esos llorosos ojos y el cabello
Que baja en blondos rizos esparcido,
Aumentan el aspecto dolorido
Del pálido semblante noble y bello.

Culpables inquietudes ver en ello
Tal vez creyera, amante inadvertido,
Si el pudor virginal en tí escondido
No lanzara su fúlgido destello.

Así naciera del pincel divino
Del Güido la famosa Magdalena,
De lánguido mirar y faz doliente;

Y así Elisa, oprimida del destino,
Se muestra de dolor y afecto llena,
Mas hermosa cuanto es mas inocente.

A LA MISMA.

Es la melancolía, no la tristeza,
Quien tu tierno semblante descolora,
Y con su dulce palidez mejora
La beldad que te dió naturaleza.

¡Como con ella vences la dureza
Del bárbaro mortal que no te adora!
Mi amante corazon al verte llora
Lágrimas de piedad y de terneza.

Un serafin del cielo descendido,
Mirando la agonia de los mortales,
En los restos del orbe destruido,

No igualara lo intenso de tus males,
Ni tu doliente afan, ni tu gemido,
Ni el llanto de tus luces celestiales.

LA SOLEDAD.

Amable soledad, rico tesoro,
Mas precioso que el oro y que la plata:
En tus senos el alma se dilata,
Y á si misma se entrega sin desdoro.

Tú haces que la beldad á quien adoró,
Mitigando el rigor con que me trata,
A mi ardiente pasion responda grata,
Enjugando las lágrimas que lloro.

De tí mi enamorado pensamiento
¡Oh dulce soledad! fuerzas recibe,
Fuente de inspiracion y sentimiento:

Ya tu influjo feliz mi amor percibe,
Pues si tuvo sin tí su nacimiento,
Al abrigo de tí florece y vive.

EL BIEN PERDIDO.

Lágrimas, que abrasais de mis mejillas
El marchito verdor con curso ardiente,
Desde hoy se perderá vuestra corriente
Del mar de eternidad en las orillas.

En vano elevaré preces sencillas
Para volver á ver el bien ausente;
¿Podrá dar vida mi gemir doliente
Del sepulcro á las sombras amarillas?

Pasaste ya las aguas del olvido,
Y yo en la tierra permanezco, donde
A llorarte quedé, dueño querido:

El sitio toco, que tu cuerpo esconde,
Clamo al mármol con grito dolorido,
¡Y á mi ronco clamor nadie responde!

PRENDAS DE AMOR.

Prendas, en otro tiempo recibidas
De mí, con dulces lágrimas regadas,
Con ósculos ardientes regaladas,
Y con tristes presagios recogidas,

Hoy en mi duelo recordais unidas
De un afecto infeliz glorias pasadas:
¿Dónde quedais memorias desdichadas?
Caricias de mi bien ¿dónde sois idas?

Prendas, que recordais bienes y males,
Vuestra vista en tormento se convierte
Con afectos del todo desiguales:

Valor tomais de la mudable suerte;
Fuisteis antes de amor fieles señales,
Ora solo despojos de la muerte.

EL RUEGO.

De mí con duro golpe dividida
Al sepulcro bajaste, sola y yerta:
Tu bella forma, inanimada y muerta,
Yace en polvo y ceniza convertida.

Tu alma, de los sentidos desprendida,
Entre los brazos del Criador despierta:
Ora brillas allá con luz mas cierta
En las nuevas regiones de la vida.

Mírame convertido en largo llanto,
Ciegos mis ojos, sin tu lumbre pura,
Despedazado el pecho de quebranto;

Y merezca contigo mi ternura
Un mismo asilo sobre el cielo santo,
Y en la tierra una misma sepultura.

ÚLTIMO ADIOS.

Si pudieran las lágrimas que vierto
Detener para tí la postrer hora,
No mirara tu amante que te adora,
Perdido su valor, su daño cierto:

No vagara, mi bien, por un desierto,
Tan lejos de tu luz consoladora,
O arrebatado de onda rugidora
Se hundiera en tempestoso mar incierto.

Escrito está, que al mundo en que moraste
Jamás has de volver, prenda querida,
Ni contigo la dicha que llevaste.

Murió mi gloria con tu hermosa vida;
Y al dirigirte al cielo, me dejaste
¡Adios! ¡un largo adios en tu partida!

NUEVO TEMOR.

¿El adios de tu tierna despedida,
Será perpetuo, Elisa, será eterno?
¿No estrechará otro nudo sempiterno
Los lazos, que se unieron en la vida?

¿Ya nunca escucharé tu voz querida,
Ni gozaré otra vez tu afecto tierno?
¿Bajaré á las tinieblas del infierno,
Triunfando tú, de luces revestida?

Mi corazon rebosa de amargura,
Y crecen sus combates sin guarismo,
Al recelar tu pérdida futura.

Enemigo de Dios y de mí mismo,
Perder tambien tu angélica hermosura,
¡Que tormento mayor en el abismo!

EL CORAZON DESCUBIERTO.

Desde que del empireo que te admira
Pisaste las regiones superiores,
Y alumbrada de vives resplandores
Disciernes la verdad de la mentira:

Tu penetrante vista observa y mira
Mi insano corazon, lleno de horrores:
¡Qué indigno de tus cándidos amores,
Y de esa tu beldad por quien suspira!

Pero tambien has visto, dulce esposa,
Que alejado del tuyo, no hay quien sume
La série de sus males dolorosa:

Qué siempre te amó fiel, y no presume
Mas que ofrecer á tu deidad hermosa
El fuego abrasador que lo consume.

EL SUEÑO DE LA DICHA.

Como sueño feliz, que el aflijido
Goza en el breve instante en que reposa,
Así despareciste presurosa,
Llorada posesion del bien perdido.

Estrella, que en el orbe oscurecido
Lanzaba un rayo de su luz hermosa,
Por quien en esta tierra dolorosa
Caminaba tu amante dirigido.

Triste del que por sendas estraviadas,
Sembradas de malezas y de abrojos,
Dirige sin tus luces sus pisadas;

El cielo sustituye con enojos
A sus glorias brevísimas soñadas,
El llanto indeficiente de sus ojos.

LA SÚPLICA

EN LA AUSENCIA.

Cuando brillaba aquí tu luz divina,
Astro de amor, anuncio de consuelo,
Era á mis ojos deleitoso el suelo,
Bella la flor, la fuente cristalina:

Mas hora que el Eterno te destina
A enriquecer con tu beldad el cielo,
Mi alma se vuelve á tí, llena de anhelo,
Ausente de su patria y peregrina.

¿Qué hay en la tierra ya que me detenga?
Si mereciere tu infeliz esposo
Que de él tu corazon memoria tenga;

Concédele á su espíritu afanoso
Llegar, do tu cariño le prevenga
Delicias puras é inmortal reposo.

EL DESEO.

Si te llegare á ver, criatura santa,
Allá en la eternidad, libre de duelo,
¿Permitirás á mi amoroso anhelo
Seguir tus huellas y besar tu planta?

Entre el alado coro, que te canta
Con acento inmortal, hija del cielo,
¿Consentirás, que descorrido el velo,
Mi vista se deleite en gloria tanta?

Privado de tu amor, pido á la muerte
Apresure sus términos fatales,
Ya que de tí la vida me divierte.

Si me esquivas tus brazos inmortales
(Puesto que indigno soy de merecerte,)
Admítame tu templo en sus umbrales.

APOTEOSIS DE ELISA.

Era la aurora ya, cuando dormido
Una hermosa mujer ví en el Oriente,
Blancas rosas ornábanle la frente,
En rizos su cabello desprendido.

Sujetaba su cándido vestido
De oro fino y zafir zona luciente,
Y de color de llama refulgente
Deslumbraba su manto descogido.

Verde palma llevaba por divisa;
Su rostro lleno de inmortal decoro
A mí volvió con plácida sonrisa.

Víla y reconocí, bañado en lloro,
Entre puros espíritus á Elisa,
Volando al inmortal celeste coro.

NUEVA ESPERANZA.

Por la mano de Dios me fuiste dada
Como rico tesoro, en feliz dia,
Mi juventud llenaste de alegría
Dulce prenda de amor nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,
Del premio que tu vida merecia,
¿Te esquivarás acaso, esposa mia,
De quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu excelso espíritu desciende
Del alto empireo con callado vuelo,
Y piadoso me asiste y me defiende.

Siente mi corazon blando consuelo,
Cuando pensando en tí, fácil entiende,
Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

LA POESIA FUTURA.

No era digna de tí la tierra impura,
Y alzaste el vuelo á esa region lejana,
Do sublimando la belleza humana,
Te revistes de gloria y lumbre pura.

Aparece mas clara tu hermosura
Que el astro anunciador de la mañana,
Y moras, como reina soberana,
En palacios de excelsa arquitectura.

Cuando de mi existencia dolorida,
Y de tantas desdichas que eslabono,
Quedare la cadena suspendida,

Versos me inspirarás con nuevo tono
Dignos de eternidad, llenos de vida,
Que ofreceré rendido ante tu trono.

ANIBAL EN LOS ALPES.

(IMITACION DE FRUGONI.)

Levantó el yelmo de su frente bruna
Sobre los Alpes, el feroz guerrero,
Cuya triunfante militar fortuna
Resplandecia en su semblante fiero.

Las provincias de Italia, una por una
Miró, y al recordar su odio primero,
Sonrió maligno, no juzgando alguna
De ellas segura á su homicida acero.

Pensativo despues, viendo delante
La árdua conquista, que atrevido emprende,
Mudo el lábio, la diestra fulminante,

Siguiendo al Génio que en valor lo enciende
Con la ira y la venganza en el semblante,
Terror de Ausonia y la ciudad, desciende.

EL ALMA Y LA RELIGION.

El Alma de los cielos descendida,
Inspiracion de Dios pura y sagrada,
Yace á un cuerpo de barro encadenada,
Sujeta á las miserias de la vida:

La santa Religion, compadecida
La viene á consolar, de luz bañada,
De excelsas esperanzas animada,
Y en fervorosas llamas encendida.

Cuando la muerte su prision quebranta,
Y ella la tierra tímida abandona,
En sus brazos al cielo la levanta:

Allí los himnos de la paz entona,
Premia sus triunfos, sus victorias canta,
Y de inmortal diadema la corona.

LA TEMPESTAD.

Sobre el empíreo nítido y sereno
Sienta Jehováh sus tiendas: la sagrada
Turba de los espíritus alada
Le cerca, y tiembla del abismo el seno.

Las tinieblas condensa: el orbe lleno
De terror, ve la llama desatada,
Y á la voz del Eterno dilatada
Ruge la tempestad, y estalla el trueno.

El sonido retumba con espanto,
Los montes arden, túrbanse los rios,
Muge el mar oprimido de quebranto:

Entónces levanté los ojos mios
Al cielo, y dije con temblor y llanto:
¿Cómo te desconocen los impios?

FIN DEL IMPIO.

Esta hora es de tu vida la postrera,
Gritó una voz en sueños al impío:
Empapado despierta en sudor frio,
Erizada de horror la cabellera.

¡No mas una hora! esclama, y la altanera
Vista humilla con triste desvarío:
¿Cómo alzarla podrá quien con desvío
A la Virtud miró, que en lo alto impera?

Oye cómo del Tiempo van huyendo
Las lejanas pisadas. Sordo al lloro
De la Piedad, vacila, se confunde....

Tiembla, suspira... y con dolor volviendo
La memoria al placer, la vista al oro,
Toca á su fin, y en el abismo se hunde.

AL MISMO ASUNTO.

Pasaba el pecador horas inciertas
Entre festines y lascivo canto,
Cuando mano letal rompió el encanto
Y de la tumba abrió las negras puertas.

Salieron de tropel las sombras muertas,
Que el reino habitan de dolor y llanto,
Cercáronle, y en vano con espanto
El mísero tendió sus manos yertas.

Sus acciones allí pesa severo
De Dios el Juicio en su eternal balanza,
Y halla que cede la del vicio artero:

Tómale entónces la infernal Venganza
En sus garras, cual buitre carnicero,
Y al abismo con él rauda se lanza.

EN LA
MUERTE DEL REDENTOR.

(Imitacion de Onofre Minzoni.)

Cuando Jesús en su última agonía
Conmovió de la tierra el fundamento,
De su ignorada tumba soñoliento
Entre sombras y horror Adan salia:

Alzado en pié, los ojos revolvia
Lleno de admiracion y sin aliento,
Preguntando ¿quién era el que sangriento
Del árbol de la cruz así pendia?

Cuando lo supo, su cabello cano
Arranca, y llanto de amargura vierte:
Ultraja el rostro con su yerta mano:

A su mujer clamando se convierte
Con voz, que el monte ensordeció y el llano,
¡Yo por tí he dado á mi Señor la muerte!

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

A COLATINO.

A MI AMIGO EL SEÑOR DON MANUEL CARPIO.

Junta á sus deudos Colatino, en llanto
Bañado el rostro; y con mortal despecho
Brotando sangre les enseña el pecho
De la esposa infeliz que amaba tanto.

Luto y gemidos de dolor y espanto,
No torpe deshonor cubre aquel techo:
Romano, esparce flores en tu lecho,
Que es cual una ara venerable y santo.

Mas ve de Roma la opresion, y advierte
Que á redimirla de la injusta afrenta
Mostrar tu sangre y limpio honor no basta.

No hagas que el mundo, al contemplar tu suerte,
No llore, no; mas indignado sienta
Que siendo esclavo tú fuese ella casta.

ANIBAL EN CAPUA.

(TRADUCCION DEL SONETO DE FRUGONI.)

¿Dejas que el Ocio, asida de la mano
Con blanda paz la Negligencia amiga,
De yelmo te desnude y de loriga
Sienes y pecho, bárbaro africano?

Mengua y desprecio por tu holgar liviano
Torva te muestra la marcial fatiga:
El triunfo, en la tardanza tu enemiga,
Tú, llamado á triunfar, has hecho vano.

Burlado invoca al mal jurado cielo
La alta promesa: Fabio en la montaña
De Roma el yugo y la ignominia siente.

Rápida mira como tuerce el vuelo
La victoria tambien, con justa saña
Arrancando sus lauros de tu frente.

PILATO.

Al ver Pilato que la humilde frente
Jesús apenas sobre el pecho inclina,
Cuando tiembla la tierra, el sol declina
Sin luz, y corre de pavor la gente;

Sospecha que con sangre delincuente
Tambien se ha derramado en la colina
Sangre del Dios, que en su furor camina
Entre uno y otro candelabro ardiente.

Torna á Jerusalem de angustia lleno,
Y ni una voz que salvador le aclame·
Oye el tirano, siervo de tiranos.

Una, sí, sin cesar grita en el seno
Al cómplice y no juez del pueblo infame:
"Lava ¡infeliz! con lágrimas tus manos"

A SAN LEON PRIMERO.

"Es llegada tu vez." Así ante el muro
De Roma Atila vengador esclama;
Su diestra agita pavorosa llama,
Y muerte anuncia ó cautiverio duro.

Huye el pueblo infeliz; y mal seguro
Los templos llena y sin defensa clama;
Y en el mármol sus lágrimas derrama,
Y quema en el altar incienso puro.

Mas tú, santo Pastor, solo y sereno
Te presentas al Bárbaro delante;
Coges las riendas y el corcel refrenas:

Alzas la humilde cruz del Nazareno;
Y al retirarse el Rey vuelve el semblante
A las torres y cúpulas y almenas.

LA PIEDAD DIVINA.

(TRADUCCION DE PARINI)

A mi muy amado maestro y amigo el Sr. Dr. D. José Bernardo Couto.

Soy el árbol, Señor, plantado un dia
Por tí en tu viña: con amante celo
Tu bondad le amparó de piedra y hielo,
Y en verdes hojas y en vigor crecia.

Mas el rebelde tronco todavia
No ha pagado con frutos tu desvelo;
Y se contenta con mostrar al cielo
De su copa la inútil lozania.

Tan estéril al verle y tan ufano
Tu justicia gritó:—*córtese y arda,*
Que harto tiempo ocupó la tierra en vano.

Mas rogó tu piedad, diciendo:—*aguarda*
Un año solo,—y sujetó tu mano.
¡Ay, árbol, si tu fruto un año tarda!

FELIX MARIA ESCALANTE.

EN UN BAILE DE MÁSCARA.

Deja, deja el disfraz, muger divina,
No intentes engañarme: el alma inquieta,
Bajo el crespon y la mendáz careta,
Tus delicadas formas adivina.

El Amor mis potencias ilumina,
No la ilusion tus voces interpreta,
¡Cómo ocultar esa beldad perfeta
Si á venerarla el cielo me destina!

De la esposa la voz enamorada
Reconoce la tórtola sensible:
¡Qué importa que se esconda en la enramada!

Si un instinto secreto, indefinible,
La tiene á su pesar aprisionada,
Ocultarse á su amor ¿será posible?

A MI CABALLO.

Noble corcel, de infatigable aliento,
De erguida frente, de ojo centellante,
Cándida sobre el cuello y espumante
Riza tu crin el arrecido viento.

Desnudo del arnés corres violento
Por el campo de espigas, resonante,
Y enjaezado despues, mas arrogante
Ostentas generoso tu ardimiento.

Vuela como centella, corcel mio,
¿Quién te alcanzó jamás? ¿Y quién tu empuje
Resistió? ¿Quién domó tu ciego brio?

No hay bridon que tu audacia sobrepuje,
Ora que salvas porque yo te guio
Este torrente que á tus plantas ruje.

A UNA AGUILA.

En la cumbre eternal de Ájusco frio
Anidas entre rocas, ave fiera,
Alzas tu vuelo, sigues altanera
Al rutilante sol por el vacío.

¿Quieres llegar con ciego poderío,
La tierra desdeñando, á nueva esfera?
¿Dobla tu esfuerzo, mide tu carrera
El instinto voraz de tu albedrio?

¡Oh, si volara yo! como tu subes
Rompiendo las tormentas, en mi vuelo
Mas allá me lanzara de las nubes;

Y no mirando mas al triste suelo,
Llegara á la mansion de los querubes,
O espirara en los aires con mi anhelo.

MANUEL PEREZ SALAZAR.

JUDIT.

Teñido en sangre el refulgente acero
Judit empuña con la blanca mano,
Y su arrojo contempla sobrehumano
Hermosa, altiva, y con mirar sereno.

Y de Asiria el indómito guerrero
Sangriento yace sobre el polvo vano,
Cuando pensaba de Betulia ufano,
Cruel gozarse en el dolor postrero.

De la heróica muger brilla en la frente
Divina inspiracion, y luz de gloria
Refleja pura su mirada ardiente.

Ciñe sus sienes la inmortal victoria,
Y el triunfo de Betulia está en su mente,
La salud de la patria en su memoria.

EL FIN DE UN AÑO.

Del árbol de los siglos floreciente
Un año mas, con su ruidosa fama,
Cual de su tronco desprendida rama
Huyó del tiempo en la veloz corriente.

Y huyó del jóven el ensueño ardiente,
Su fé rendida en alevosa trama;
Y aquel mortal á quien la gloria inflama
El soplo helado de la tumba siente.

Tras sí llevando nuestro afan perdido,
Fntre densas tinieblas cae un año,
Y otro, y otros tambien al hondo olvido.

Aqueste del vivir es el engaño;
Y ve el hombre la huesa sorprendido,
Y el tiempo no le deja un desengaño.

EL DIA DE DIFUNTOS.

Entre nubes del sol la llama roja
Siniestra luz sobre la tierra envia,
El viento brama por la selva umbria,
Y el campo de sus flores se despoja.

El árbol ha perdido hoja tras hoja,
Su verdor, y en el tronco posa fria
El ave sin amor ni melodía,
Exhalando en gemidos su congoja.

Y el lúgubre clamor de la campana
Del gótico lejano monasterio,
Triste resuena tras la niebla vana;

Y de la tumba el fúnebre misterio
Revela al jóven en su edad temprana,
Y á llorar le conduce al cementerio.

LA DESTRUCCION
DE JERUSALEM.

Gime Salén en pavoroso duelo
Bajo la espada del feroz romano,
Y el niño, y la doncella, y el anciano,
Llorando vagan sin hallar consuelo.

Escombros deja sobre el triste suelo
Del vencedor la formidable mano;
Y el pueblo busca su salida en vano,
Y polvo y humo se levanta al cielo.

Y resuenan los gritos de venganza,
Y del soldado el bárbaro alarido,
Y hasta el templo la hueste se abalanza:

Piedad no encuentra el infeliz vencido;
La sangre corre y sigue la matanza!....
Es la sangre Solima que has pedido.

LA MUERTE DE JESÚS.

Rota la sien con la punzante espina,
Está el Ungido de la cruz pendiente,
Y mortal palidez cubre su frente,
Y sombras vagan por su faz divina.

En el nudoso tronco se reclina
Ya devorado de la sed ardiente;
Y exhalando del pecho un ¡ay! doliente
Bañada en sangre la cabeza inclina.

Y aquel Señor terrible, cuya lumbre
Entre el vivo relámpago y el trueno
Abrasó del Sanái la excelsa cumbre,

Espira al fin de vituperios lleno,
Ofreciendo á la infame muchedumbre
Perdon su lábio, compasion su seno.

AMOR SIN ESPERANZA.

Luchando sin cesar en mi agonía
Con el horrendo mal que me devora,
Me halla la luz de la risueña aurora,
Y la tiniebla de la noche fria.

Vuelve otro sol á iluminar el dia,
Y la noche revuelve aterradora,
Y siempre léjos de tu amor, señora,
Arrastro el peso de la vida mia.

Tú sabes de mi pecho la amargura,
Y mas y mas sin compasion te alejas,
Y escondes de mi vista tu hermosura,

¡Ay! cuán en vano mis dolientes quejas
Doy á los vientos llenas de ternura!
¡Y tú morir en mi dolor me dejas!

A MÉXICO.

(ESCRITO EN LONDRES)

Ese sol que me alumbra tibiamente,
No es de Anáhua el sol, ¡oh patria mia!
De verte llegue el venturoso dia,
Y tu cielo en su luz bañe mi frente.

¡Ay! yo lejos de tí gimo doliente
Sin hallar el reposo y la alegría,
Que zozobra solo hay, solo agonía,
Para el que vive de su amor ausente.

Miro ricas ciudades populosas,
Y palacios de mágica belleza,
Y del placer miradas deliciosas.

Y todo lo contemplo en mi tristeza:
Que de tus campos las silvestres rosas
Valen mas para mí que esta grandeza.

TRADUCCION LIBRE

DE ALGUNOS VERSOS DEL CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS.

La luz asoma en el rosado oriente
Y ya la cumbre de los montes dora,
Ven al prado conmigo, ven pastora,
Sentémonos los dos junto á la fuente.

Oirás el murmurar de la corriente
Y ese canto del ave que enamora,
Y verás mi cabrilla saltadora,
Y aquí de rosas ceñiré tu frente.

—Esa voz, esa voz que ha resonado,
De mi amante es la voz, ¡cuál me enagena!
De gozo el corazon ha palpitado.

Desfallezco de amor, muero de pena....
¿Habeis visto, doncellas, á mi amado?
Es mas blanco que cándida azucena.

A NÁPOLES.

El ardiente volcan, y el mar Tirreno
Que en su profundo lecho se reclina,
Y la alegre encantada Mergellina,
Y un cielo azul purísimo y sereno:

Y el rayo de la luna sobre el seno,
Rielando del mar, y la argentina
Onda que corre blanda y cristalina,
Y el aire manso de perfumes lleno:

Riquezas mil, y gracia y hermosura,
¡Oh mágica ciudad! te dió la suerte,
Y colmó tus campiñas de frescura;

Mas llanto de dolor el alma vierte,
Cuando contempla tu belleza pura
En medio de ruinas y de muerte.

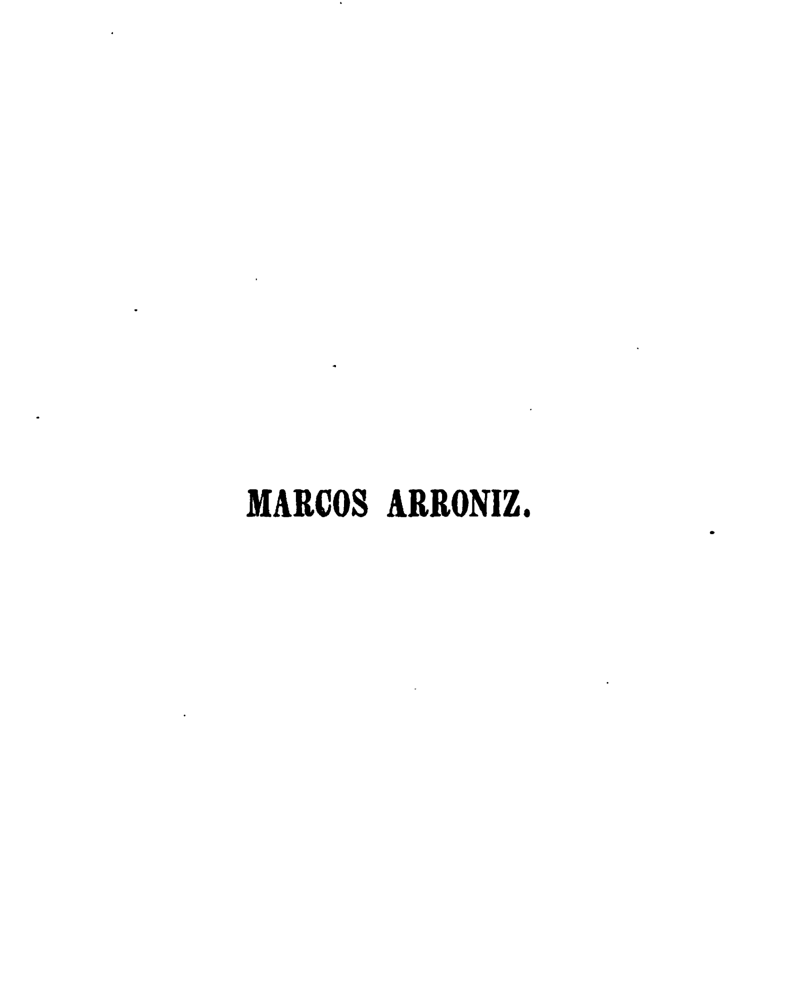
AL Sr. D. MANUEL CARPIO.

Te dió el cielo riquísimo tesoro
De blandas deliciosas armonías,
Y te dió que pulsaras de Isaías,
Con su mismo dolor el arpa de oro.

Por eso vierte el alma acerbo lloro
Si cantas de Jesús las agonias,
Allá del huerto entre las sombras frias,
Ajado su esplendor y su decoro.

Y ya muestres gimiendo en su amargura
A la divina Madre sin consuelo,
Viendo al Hijo morir de su ternura;

O digas de Solima el triste duelo,
En medio de su inmensa desventura,
Las lágrimas tambien mojan el suelo.



MARCOS ARRONIZ.

A LAS FLORES.

Flores las del pensil, flores hermosas,
Que al dulce murmurar de claras fuentes
Verteis de las corolas inocentes
Nítida miel y esencias deleitosas;

Llegaron ¡ay! las horas calurosas
A secar vuestras hojas relucientes,
Y del viento á los soplos inclementes
Rodais por las llanuras espaciosas!

¡Ay! flores por mi bien solo buscadas
En esta grata soledad umbría,
Y al fin para mis males encontradas,

Al veros ya sin pompa y lozanía,
Recordando mis glorias eclipsadas,
Con lágrimas os baña el alma mia.

A LAS ZAGALAS.

Zagalas que habitais las alquerías,
Vosotras las de amores abrasadas,
Aquí os guardan mil dichas regaladas,
Las auras dulces y las aguas frias.

La verde pompa de sus claros dias
Va esparciendo el Abril; las perfumadas,
Floridas vegas, puras, esmaltadas,
Mansion serán de blandas alegrías.

Zagalas, cual volubles mariposas,
Venid con esas cintas de colores
Con que juegan las brisas bulliciosas.

Sin gozar vuestros cándidos amores
¿Qué valen esas grutas silenciosas,
Ni el cielo azul, ni las alegres flores?

JOSE T. DE CUELLAR.

EL GUERRERO.

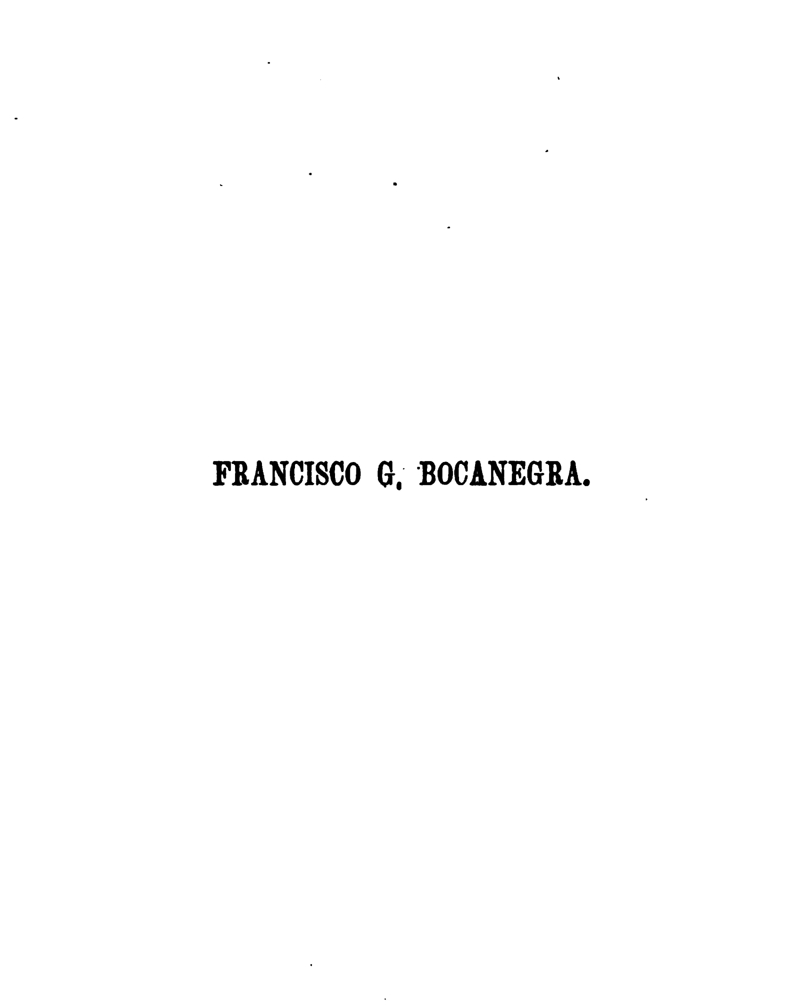
A MI AMIGO D. MARCOS ARRONIZ.

Se encamina un guerrero á la pelea,
Apuesto, airoso y con marcial decoro,
Con relumbrante peto y casco de oro,
En un caballo cuya crin ondea.

Brillan las armas con la luz febea,
Fuertes armas que valen un tesoro;
Rompe los vientos el clarin sonoro,
Y el formidable acero centellea.

Vuela á la carga y denodado y fuerte,
Se confunde en la bárbara matanza,
Entre el clamor de *libertad ó muerte!!*....

Cayó al empuje de contraria lanza:
Quien lucha así con la enemiga suerte
El triunfo no, pero la gloria alcanza.



FRANCISCO G. BOCANEGRA.

A UNA ROSA MARCHITA.

¡Pobre rosa, perdiste tu belleza
Al sepultarse el sol en Occiden te,
Y moribunda ya, lánguidamente
Al suelo inclinas la gentil cabeza!

Del ven dabal la indómita fiereza,
Tu tierno tallo romperá inclemente:
Tus hojas llevaráse la corriente,
Que pasa murmurando con tristeza.

Como tu vida acabará la mia:
Tú perdistes ¡oh rosa! tus colores
Para morir al declinar el dia.

Y á mí, infeliz, perdidos mis amores,
Me llevarán hasta la tumba fria
Estos que sufro bárbaros dolores.

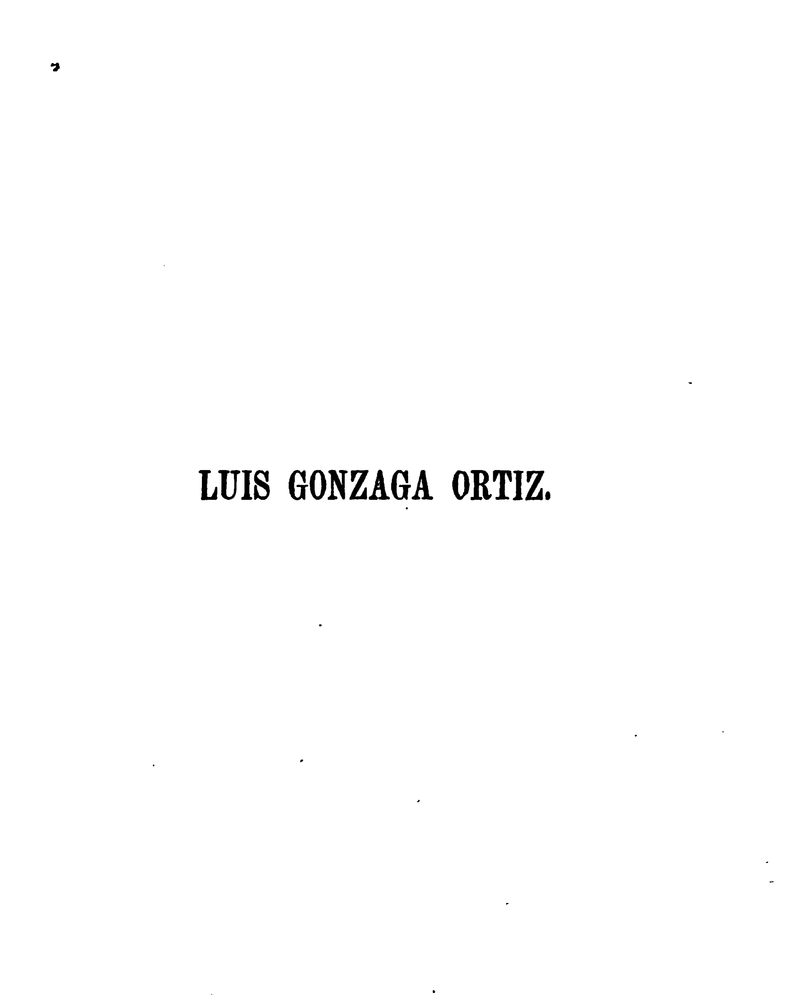
Á UN SAÚZ.

Estiende tu magnífico ramage
Saúz hermoso, y altanero crece:
¡Cuan bello sobre el agua se estremece,
Retratándose en ella tu follage!

El ave recogiendo su plumage
Cuando la noche lóbrega aparece,
En tus amigas ramas se guarece
De la furia del Cárabo salvage.

Y cuando lanze el sol su ardiente rayo
Descanse aquí bajo tu fresca sombra
El Angel bello de mi amor, mi Elisa;

La frente incline en lánguido desmayo
Y duerma quieta en la florida alfombra,
Al blando arrullo de la errante brisa.



LUIS GONZAGA ORTIZ.

LAS GOLONDRINAS.

Salud, salud, alígeras viageras,
Amantes tiernas del Abril florido,
Que cruzais sobre el lago adormecido
De la estacion de amores mensageras.

No abandoneis ¡oh amigas! las riberas
Que cuando niño recorrí embebido;
Suspended en mi techo vuestro nido,
Y amorosas cantad, aves parleras.

Cantad, cantad entre las bellas flores
Que coronan sencillas mi ventana,
Y me haréis olvidar tristes dolores.

Arrulladme en mi lecho en la mañana
Miéntras sueño con Laura y sus amores,
¡Dulces amores de mi edad temprana!

MUERTE DE AQUILES.

Con el cuitado Priamo, Polixena,
Mas linda con el llanto y la congoja,
De Aquíles á los piés triste se arroja
Y á Hector demanda en su profunda pena.

El cadáver del héroe allá en la arena.
Yace bañado con su sangre roja,
La vírgen con sus lágrimas lo moja
Y de ósculos de amor tambien lo llena.

Enamorado el hijo de Peleo
Jura ser de la bella tierno esposo,
Y hace encender la antorcha de Himeneo.

Ya marchaba al altar cuando alevoso
Páris que abriga bárbaro deseo,
Le dá muerte á traicion y huye medroso.

HUIDA DE ENEAS.

Teñida en sangre la guerrera malla,
Rendido del furor de las peleas,
Lloraba desolado el triste Eneas
Sobre el derruido templo y la muralla.

"¿Así cuitado entre feroz canalla
Será que al padre con cadenas veas,
Y al hijo y á la esposa entre las teas
Que hacen arder el campo de batalla....?"

Esto dijo una voz: alza el troyano
La descompuesta faz, busca á la esposa,
A Ascanio llama, al tembloroso anciano

Sobre sus hombros fatigados posa,
Y al huir con los lares en la mano
Aun mira á la que fué, Troya la hermosa.

JOSE M. ROA BARCENA.

MEMORIAS DEL BIEN.

Casta azucena que la frente inclinas
Enriqueciendo el curso de ese rio
Con la copia de perlas que el rocío
Te dió en las dulces horas matutinas,

¿A dónde tus recuerdos encaminas
Desde aqueste apartado valle umbrío?
—Al viento grato del templado estío
Que acarició mis galas peregrinas.

—Dónde está el viento?—Se alejó inconstante
Cuando, al sentirle en mi primera aurora,
De mi aroma el tesoro díle amante:

Mis lágrimas por eso vierto ahora.....
—Si ellas alivian tu dolor punzante,
Pobre azucena inmaculada, llora!

MORIR DE AMOR.

(IMITACION DE SCHILLER.)

Rompe el lazo de amor y á Palestina
Vuela un guerrero, y dicen á su amada:
"Ha muerto al filo de la infiel espada
Tu prometido esposo." Al suelo inclina

Su frente: en palidez la purpurina
Rosa de sus mejillas fué trocada,
Y á Dios en la monástica morada
De su existencia el resto ella destina.

Torna el guerrero y con sus propias manos,
Frente á la celda en que la vírgen llora,
Labra una choza en medio del desierto:

Allí se entrega á pensamientos vanos
Hasta que un dia al asomar la aurora,
Vuelto el rostro á la celda, quedó muerto.

MI ANGEL BUENO.

En los rayos del sol, en la montaña,
Sobre las ondas del sonante rio,
En la cándida perla de rocío,
De tus ojos la luz do quier me baña:

Tu forma idolatrada me acompaña
Fija en el hondo pensamiento mio:
Cubierto con tus alas, desafio
Del porvenir aterrador la saña.

Pues que mi senda allanas y tu diestra
Me ayuda en ella y bendecido faro
Es en mi noche tu fulgor sereno,

Siempre á mis ojos lánguidos te muestra:
No me dejes en triste desamparo:
No me abandones nunca ¡oh mi ángel bueno!

MENSAGERA.

¿De donde vienes, ave peregrina?
—En pos del sol desde lejana sierra.
—¡Feliz quien puede recorrer la tierra
Como tú la recorres, golondrina!

—De tu paterno hogar sobre la encina
Del ábrego evité le cruda guerra,
Y de la alcoba que tu cuna encierra
Mi nido tuve en la elevada esquina.

—¿Y á mis hermanos y á mis padres viste?
—Pronunciaban tu nombre á todas horas
Con tierno amor y con semblante triste.

—Vuelve hacia allá tus alas voladoras...
—Sí; les diré que su memoria existe
Viva en tu pecho y que su ausencia lloras.

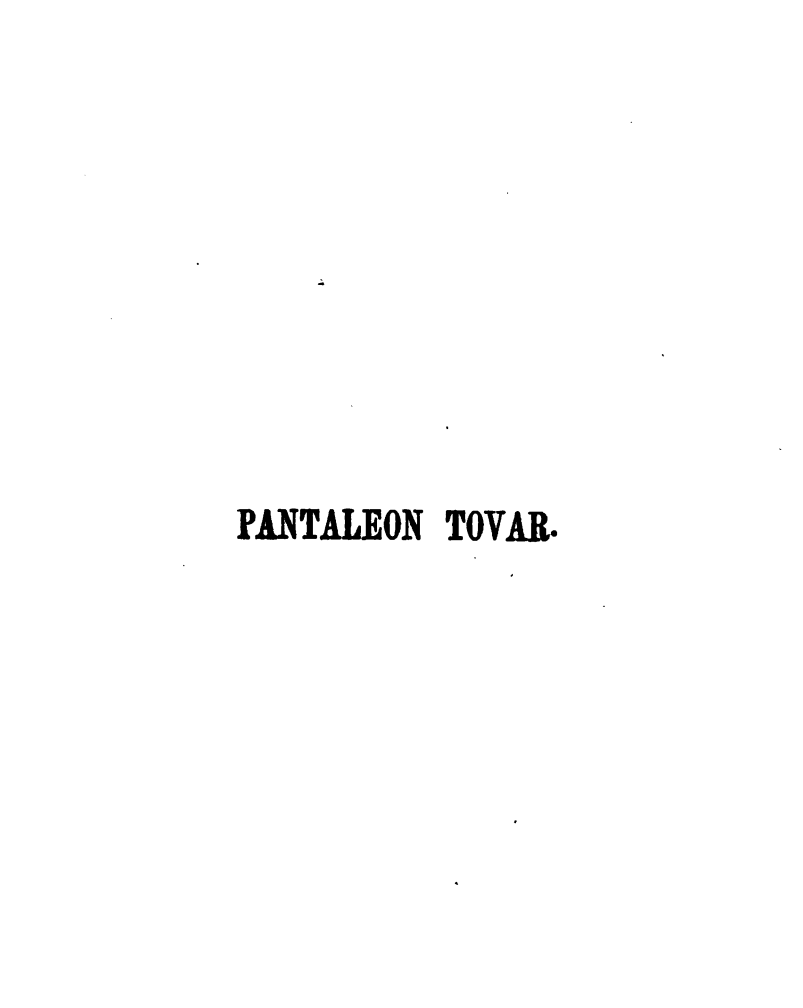
EL CIERVO HERIDO.

Del valle y la montaña soberano,
Gozó de libertad; burló atrevido
Al cazador que al indefenso nido
Del pájaro infeliz tiende la mano:

Sintió el amor y debatióse en vano
Contra su fuego y, á la fin rendido,
Su dulce libertad puso en olvido
Cabe la amante compañera ufano.

Allí le sorprendió la noche parda:
Traidora flecha, al asomar el dia,
Su corazon enamorado hiere:

Va hácia la antigua fuente: se acobarda:
Mira á la amada cierva en su agonía,
Vierte brillantes lágrimas y muere.



PANTALEON TOVAR.

CERVANTES.

Noble soldado, sin temblar de espanto
Afrontaste del árabe la saña,
Y una mano perdiste en la campaña
Combatiendo en las aguas de Lepanto.

Cautivo del infiel, el cielo santo
Te libertó; y en pago de tu hazaña,
En honda cárcel te arrojó la España....
Infame premio de servicio tanto!......

Mas tú esclamaste en tu desgracia suma:
—"La gloria y la desdicha son mi dote;
"No torpe olvido en la prision me abruma;

"La luz del génio en las tinieblas brote! ...
Brotó la luz; y nos trazó tu pluma
Las páginas sublimes del Quijote.

IGNACIO ALGARA.

LA PIEDRA DE OREB.

De Sin por el desierto caminando
Iba el pueblo de Dios favorecido,
De calor y de sed desfallecido,
Y contra el gran profeta murmurando.

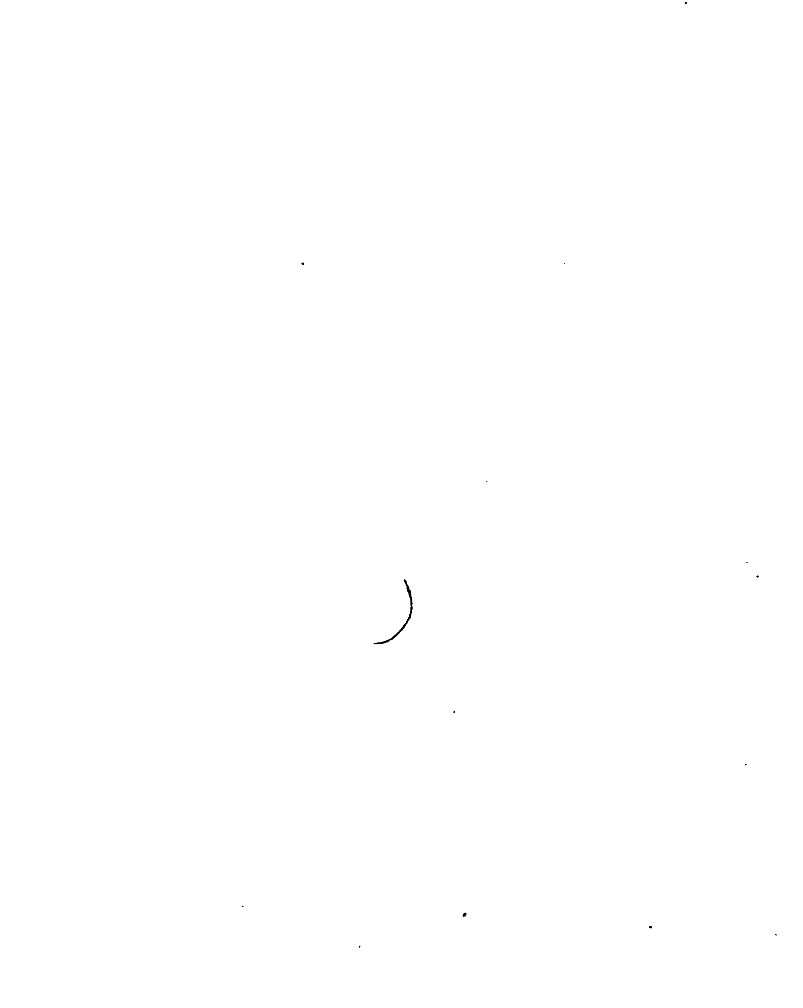
Al Raphidin llegó, y allí notando
La falta de agua, grita enfurecido:
"¿Para morir aquí nos has traído
"Ese ardiente arenal atravesando?"

Moisés clama al Señor humildemente:
"¿Qué hago, mi Dios, en tanta desventura?"
Y á su voz, respondió el Omnipotente:

"Con tu vara herirás la peña dura."
Obedece Moisés, y de repente
Ancho raudal inunda la llanura.



IGNACIO AVILA Y VAZQUEZ.



EL LIRIO BLANCO.

Naciste junto el agua bulliciosa
Que el ala ténue de la brisa mueve,
Y lleno de esplendor, tu cáliz breve
Abriste en la mañana luminosa.

Del sol primaveral la luz hermosa
Pintó tus hojas de color de nieve,
Donde bebió la mariposa leve
El dulce nectar de tu miel sabrosa.

Despues la noche con su negro manto
Ocultó tu verdor y lozanía,
Que era del prado seductor encanto,

Y tus hojas heló la niebla fria,
Sin que pudiera darte vida el llanto
Del alba hermosa del siguiente dia.

UNA MEMORIA.

Sobre esmaltada alfombra de esmeralda,
Bañada en luz y respirando olores,
Te ví cercada de fragantes flores,
Coronada la sien de una guirnalda.

Del bosque umbroso en la vecina falda,
Oculto yo, dí tregua á mis dolores;
Y en alas de los vientos gemidores
Mis suspiros sonaron á tu espalda.

Tus ojos al descuido á mí volviste,
Y un rayo entonces reflejó de gloria
Entre las sombras de mi vida triste:

Mas ¡ay! que fué su luz solo ilusoria,
Pues de ese instante solamente existe
Un amargo recuerdo, una memoria.

UNA ESPERANZA.

Te ví tierna y feliz como la rosa
Que fresca brota al pié de la montaña:
Cuando el rocío de la aurora baña
Las hojas de su rama temblorosa.

Despues llena de amor, niña preciosa,
Jamás tú fuiste á la ventura estraña;
Mas hoy la nube del dolor empaña
La luz feliz de tu mirada hermosa.

Pero ¿por qué llorar? levanta al cielo
Ese tu rostro, bello todavía,
Apesar de tu llanto y de tu duelo,

Que un porvenir te espera de alegría,
Y aun eres ángel que elevar el vuelo
Al trono del Señor puede algun dia.

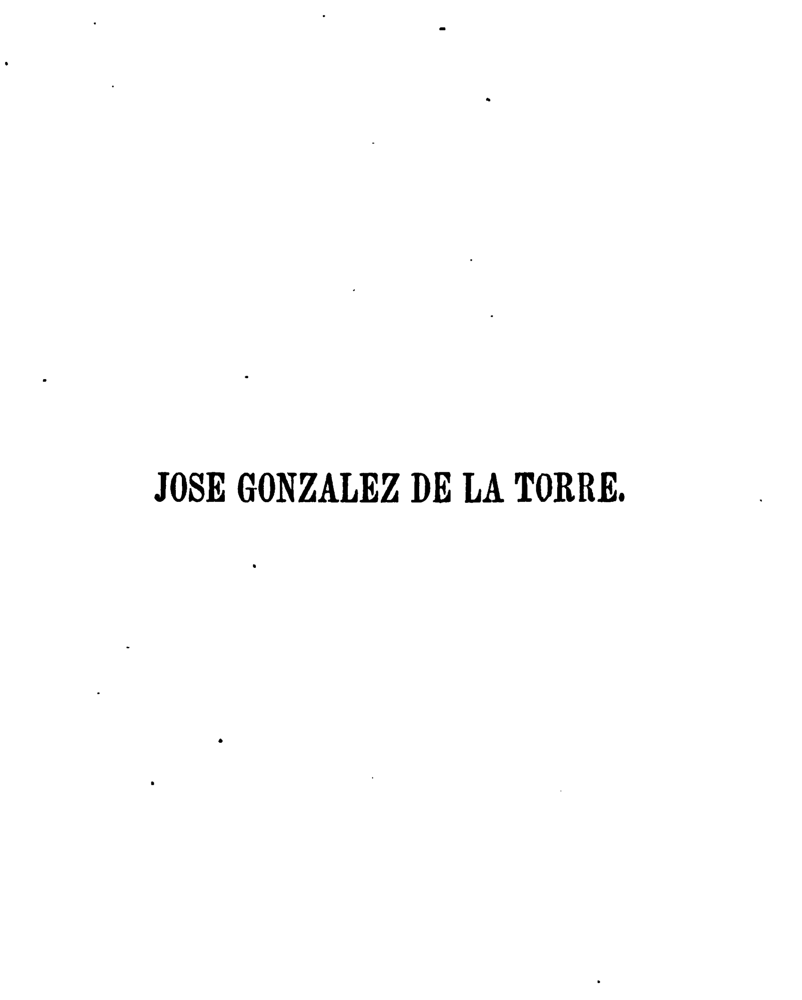
RECUERDOS.

Ojos de serafin, cabello de oro,
Y frente virginal tiene la hermosa;
El resplandor de su mirar de diosa
Es un destello del celeste coro:

La luz de la inocencia y del decoro
Añade hechizos á su faz preciosa,
Y de sus lábios de purpúrea rosa,
Sale un acento mágico y sonoro.

No tan gallardo el lirio de los rios,
De blando tallo y de corola pura,
Se mece al soplo de los vientos frios,

Cuando la estrella matinal fulgura,
Como llena de gracia y atavíos,
Se muestra de mi amada la hermosura.



JOSE GONZALEZ DE LA TORRE.

JUANA DE ARCO.

A MI RESPETABLE AMIGO EL SR. D. MANUEL CARPIO.

Destrozada la Francia por facciones
Que atizan el incendio de la guerra,
Sucumbe al fin al yugo de Inglaterra,
Que le imponen triunfantes sus legiones:

Ocultos laten nobles corazones
Llorando las desgracias de su tierra,
Porque ignoran quizá que allí se encierra
El ángel vencedor de los bretones:

La doncella guerrera, que inspirada
Al rey Cárlos asienta sobre el trono,
Levántase por fin con brazo fuerte:

¿Quereis saber su premio? ¡Desdichada!
La quemó el anglo con rabioso encono,
Y el galo ingrato ni lloró su muerte.

VICENTE CALERO QUINTANA.

Careciendo de los dineros q.e al artista
Hacen rimar la ética frente

LA VIDA EN LA MUERTE.

¡Ved esa Cruz! En ella el Soberano,
El Dios del mundo, el de la eterna gloria,
Triunfa, mártir de amor, y su victoria
Es superior á cuanto existe humano.

Nada hay del ateniense y espartano,
Y apénas cuenta la severa historia,
Que pasan como un sueño en la memoria,
La fama griega, y el poder romano.

Mas Dios no pasará: su alta doctrina,
Sellada con su sangre y su amargura,
Al perdurable bien nos encamina:

La senda que nos abre es de ternura,
Y hay en su hermosa abnegacion divina,
Rayos de paz y de esperanza pura.

A UN JOVEN,

EN LA PRIMERA PAGINA DE UNA BIBLIA.

Tú que pulsas la lira castellana
Con la sublime inspiracion del cielo,
No pretendas buscar en este suelo
La necia gloria de ambicion mundana.

Rayo de Dios, del orbe soberana,
Prenda divina de feliz consuelo,
La noble inteligencia eleva el vuelo
Sobre la edad de ayer y de mañana.

Piensa y medita al estudiar la historia
En estas hojas de oro siempre bellas,
Lo que vale del hombre la memoria,

El alto fin de las humanas huellas,
Y hallarás el tesoro de la gloria
Aun mas allá del sol y las estrellas.

VICENTE SEGURA ARGÜELLES.

Llegó feliz el [illegible]

De tu natura al re-

[illegible]

Llegó el momento el día de [illegible]



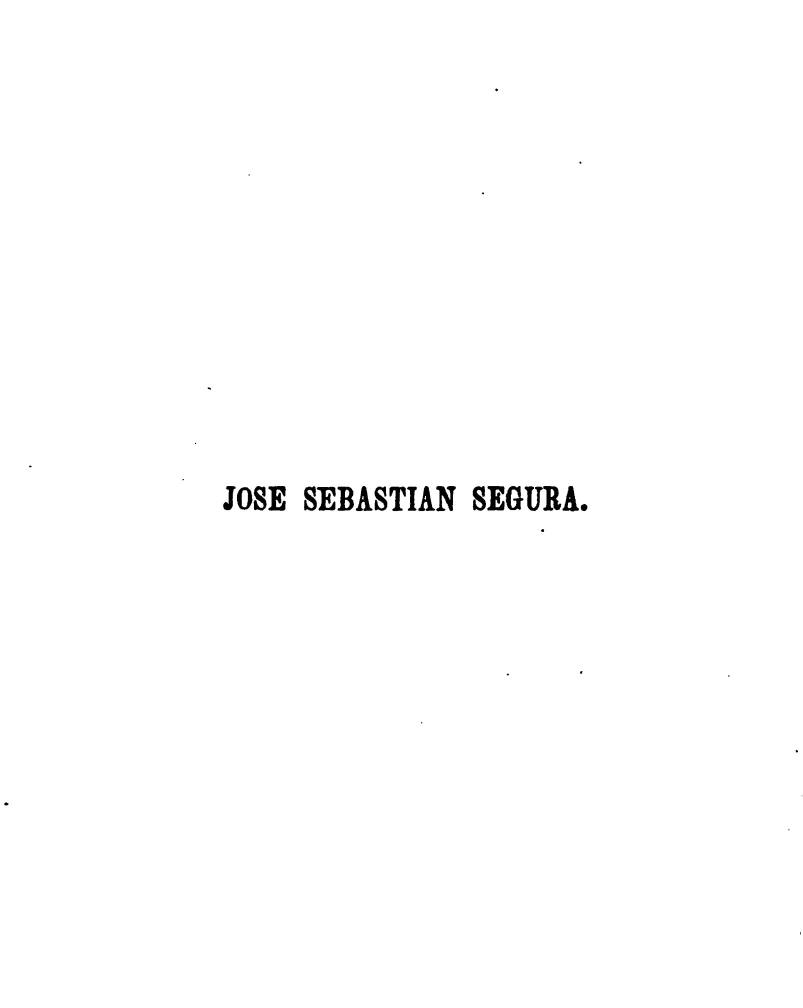
FLORINDA.

Cuando la tierra de gayadas flores
Se cubre alegre en la estacion hermosa,
Sale Florinda á la ribera undosa
Sembrando hechizos y cojiendo amores:

A su mejilla y labio dan colores,
El purpúreo clavel, la blanca rosa,
Y balsámica el aura sonorosa
Acaricia sus rizos tembladores.

Con el gozo pintado en el semblante
Llega tímida al pie del verde otero,
Donde la espera su rendido amante.

El la estrecha en sus brazos placentero,
Y en la frente le imprime palpitante,
El dulce beso del amor primero.



JOSE SEBASTIAN SEGURA.

EVA.

Eva aparece en el Eden ameno
De manos del Eterno producida,
De cándida inocencia revestida,
Blondos los rizos, palpitante el seno.

Respira el aire de fragancia lleno
En blando lecho de jazmin dormida;
Se esconde el sol, de estrellas circuida
Brilla la luna con fulgor sereno.

Satán, bajo la sombra de una palma,
Contempla con envidia á la criatura
Que en Adan sueña enamorada su alma.

Al cielo dice:—humillaré tu hechura,
Guerra sin fin tendrás en vez de calma,—
Y retiembla el Calvario de pavura.

A ISRAEL EN EL DESIERTO.

¡Qué bellos son, Jacob, tus pabellones!
¡Como selvosos valles son tus tiendas!
¡Y qué fuego en las bélicas contiendas
Anima á tus intrépidas legiones!

¡Qué dulces son tus místicas canciones!
¡Cuan ricas y cuan puras tus ofrendas!
¡Maldito quien te aparte de tus sendas!
¡Bendito quien te dé sus bendiciones!

Observa de Jehová las santas leyes;
Adóralo, Israel, con toda el alma
Y al fin verás tu libertad cumplida:

Hollarás las coronas de los reyes,
De la victoria cogerás la palma
Y entrarás en la tierra prometida.

JUDIT.

[IMITACION DEL ITALIANO.]

De verde palma y rosa y fresco lirio
Betulia ostenta espléndida enramada:
Lleva Judit la vengadora espada
Y la cabeza del feroz asirio.

Bésan la fimbria de su traje tirio,
Sus blancos pies y su gentil pisada,
Las doncellas de angélica mirada,
Entre el clamor del popular delirio.

"Mientras gire en el cielo el sol radiante,
Esclaman cien profetas, tu memoria
Irá sonando al siglo mas distante."

—Fuerte mostróse en la inmortal victoria;
Pero mas fuerte al regresar triunfante,
Que humilde se mantuvo en tanta gloria.

ANTIOCO.

En mi carro mas rápido que el viento
Incendiaré el palacio y la cabaña,
Caerá el hebreo como débil caña,
Y arrancaré de Sion el firme asiento:

Desplegaré los labios, y á mi acento
Los mares calmarán su hirviente saña,
Y pesaré montaña por montaña,
Y mis tiendas pondré en el firmamento.

Así esclamaba Antioco el insolente,
Cuando Dios le derriba de su carro
Y en gusanos se mira convertido:

El corazon le abrasa fuego ardiente,
Y tornanse del déspota bizarro
Sus huesos polvo y su memoria olvido.

EL BAUTISTA.

Danza la hermosa Salomé en los dias
Del monarca que en ella se recrea,
Y su túnica azul cruje y ondea
Del festin en las locas alegrias.

Si quieres, dice, las riquezas mias
Tuyas serán ¡oh encanto de Judea!
La cabeza de Juan pide la hebrea
A instancias de la impúdica Herodias.

Con sacrílega planta huella osada
La madre vil, adúltera altanera,
La sangre del Profeta derramada.

Del Jordan se estremece la ribera
Viendo aquella cabeza venerada
Ser precio de los pies de una ramera.

LA SAMARITANA.

De Jacob en la fuente fresca y pura,
Bajo la sombra de palmera airosa,
Agua sacaba una muger hermosa
De negros ojos y gentil cintura.

Acércasela un hombre y con dulzura
Pídela de beber; mas desdeñosa,
¿Cómo un judío, dice, hablarme osa
Si en Samaria nací por mi ventura?

Si supieras quien soy me pedirias
Agua viva, responde el Nazareno,
Y tu sed para siempre apagarias.

Pídele agua, y de lo íntimo del seno
Gozosa esclama: ¡Tú eres el Mesias
El prometido por Moisés el bueno!

LA TEMPESTAD

EN EL MAR DE TIBERIADES.

Cruza Jesús el mar de Galilea
Y en las aguas se aduerme blandamente;
Estalla el rayo entre la nube ardiente,
La llama en la tiniebla centellea.

Sonora se enfurece la marea;
Y á Jesús despertando en voz doliente
¡Ay! sálvanos, Señor, de la onda hirviente!
Claman los pescadores de Judea.

¡Hombres de poca fé!—dice el monarca
Que al mundo descendió de su alto asiento,
¿Por qué temeis?—Y alzándose en la barca,

Al relámpago increpa, al mar, al viento,
Y sopla dulce brisa en la comarca
Y el iris ilumina el firmamento.

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Treguas ¡oh madre! á tu doliente lloro;
No la falsa deidad de la fortuna,
Trocó en sepulcro la encantada cuna
Del querubin de tus ensueños de oro.

Fué EL que en carro flamígero y sonoro
Huella el sol, los luceros y la luna;
EL que humilde en la cruz sin culpa alguna
Espira entre sacrílego desdoro.

No el rostro encubras con oscuros velos,
Que tu hija hoy goza de ventura tanta
Cual no tuvo en tus férvidos desvelos.

Iba á tocar la tierra con su planta,
Cuando ve sus espinas, y á los cielos
Cual cándida paloma se levanta.

LA VIDA FUTURA.

A VICTORIA.

Bate las alas de oro primavera
De nueva luz vestida y nuevo encanto,
Cubre la tierra con su rico manto
Y esta recobra su beldad primera.

Que ya el invierno destructor no impera
Entre las negras sombras del espanto;
Y música de amor y dulce canto
Resuena alegre en la azulada esfera.

Al pasar de esta vida transitoria
Al reino de la muerte ancho y sombrío
Polvo serémos, ó gentil Victoria.

Empero al fin tu corazon y el mio
Ceñidos con los lauros de la gloria
Saldrán triunfantes del sepulcro frio.

LA MUERTE DE DIDO.

[Imitacion del italiano.]

¡Oh dulces prendas cuando Dios queria,
De mi vida tomad estos despojos,
Y el amoroso llanto de mis ojos
Cese, y salga del pecho el alma mia!

¡Fuí reina, y de Siqueo esposa un dia;
Temió Libia en Cartago mis enojos;
Las rosas del placer cambió en abrojos
El vil hermano que en sed de oro ardia!

¡Dichosa ¡ay! muy dichosa si al troyano
Cerrado hubiera el puerto: el fementido
Dáse al mar y me deja abandonada!

¡Hártese con mi sangre el inhumano!
Así exclamando la infelice Dido
Contra sí vuelve la querida espada.

